

F
B
I



Los ZAPATOS
del MUERTO

LEWIS HARGRE

ARAND

LEWIS HAROC

LOS ZAPATOS DEL MUERTO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1958
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

DEPÓSITO LEGAL. M. 8763.—1958

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

PRÓLOGO

Luke Ford masculló una maldición, pero siguió pedaleando con fuerza, carretera adelante.

La lluvia caía a cántaros sobre sus espaldas casi desnudas. Eran gruesas y pesadas gotas, que algunas ráfagas de aire lanzaban con violencia contra su rostro y formaban con ellas caprichosos círculos, antes de pulverizarlas en finas gotas.

La asfaltada carretera parecía un río, y los escasos coches con los que se cruzaba el joven ciclista avanzaban despacio, surcando materialmente el agua que corría en tropel hacia las cunetas.

Luke no podría explicarse nunca cómo se había formado aquella tormenta con semejante rapidez y, menos aún, de dónde podía salir aquella cantidad de agua, después del hermoso día de que habían disfrutado.

Iba materialmente empapado, y aún le quedaba más de una milla de camino antes de llegar a su casa, en la cual pensaba con nostalgia.

Su padre, su madre, Fred y Shelia, todos estarían a cubierto de la lluvia, esperando su llegada para la cena, intranquilos por su tardanza.

Un automóvil le cegó momentáneamente con sus faros, parecidos a dos enormes ojos, a través de la cortina de agua que caía sin cesar. Luke cerró los ojos, deslumbrado, y refunfuñó un insulto cuando el vehículo pasó a su lado, hundiéndole otra vez en la oscuridad.

El débil faro de la bicicleta apenas alumbraba el asfalto más allá de seis u ocho yardas, y esto, unido a la fuerza del viento y al azote de la lluvia, obligaba al muchacho a avanzar con ciertas precauciones.

De su derecha llegaba hasta él el rugido del mar. La carretera se ceñía a la costa en aquellos lugares de tal manera, que a veces el

joven Luke sentía el salobre sabor del agua del mar, que se mezclaba a la de la lluvia, después de saltar pulverizada sobre las rocas.

El Atlántico rugía amenazador. El viento levantaba en su superficie olas de cierta altura, que la ausencia total de luz hacía más negras y siniestras.

Pensó que otros estarían pasándolas peor aún que él, porque tendrían que luchar contra la furia del mar sin sentir tierra firme bajo sus pies.

Los altos cañaverales se alternaban con grupos de rocas contra las cuales se estrellaban las aguas. No había luna en el cielo, porque la ocultaban los negros nubarrones que se apelotonaban sobre su cabeza.

Diez minutos más y llegaría al puesto de vigilancia de Santa Lucía. Seguramente Dick Callaghan estaría allí y le invitaría a una copa de *brandy* con que sacarse el frío del cuerpo.

Luke miró hacia el mar. Fué un vistazo sin interés alguno, como muchos otros que había echado desde que rodaba bajo la lluvia.

Las olas habían disminuido un tanto en altura, pero le pareció distinguir entre ellas un bulto alargado, más oscuro aún que la oscuridad de las aguas.

«¿Qué será eso?», se preguntó.

Tal vez algún barco de pesca volcado por la violencia de las aguas. Luke disminuyó la velocidad y volvió a girar la cabeza hacia su derecha.

Sí. Ahora ya no cabía la menor duda. Un bulto grande, alargado, con una prominencia encima. Permanecía sobre las aguas, soportando los embates de las olas.

La curiosidad pudo más en Luke que el miedo y la prisa que llevaba. Se apeó de la bicicleta en silencio, dejándola en el suelo fuera de la carretera, y avanzó por entre los cañaverales hasta que el agua que llegaba hasta aquéllos alternativamente, le bañó los tobillos.

Luke estaba demasiado intrigado para darse cuenta de este detalle. Apartó las cañas y aguzó los oídos hacia el mar, comprobando que el extraño objeto seguía en el mismo sitio en que lo vio por primera vez. Era semejante a una enorme ballena que hubiese quedado sin fuerza ni vida para combatir a las olas, pero al

muchacho le pareció que algunas figuras se movían sobre su lomo.

¿Qué sería aquello? Un buque, no, porque no podía distinguir la arboladura, y, además, su forma no correspondía a aquella clase de naves.

¿Entonces?

Luke leía el periódico todos los días. Sabía, por ejemplo, que los Estados Unidos estaban haciendo enormes esfuerzos por superar las agresiones de los submarinos alemanes, y no ignoraba que éstos llegaban en su osadía hasta acercarse a las costas americanas.

Precisamente poco antes había leído la noticia de que un sumergible germano había penetrado en el río de San Lorenzo, para hacer víctimas de sus torpedos a dos buques de carga, y la impresión de las autoridades navales era que los submarinos enemigos acababan de desatar una ofensiva, yendo a buscar a la misma costa yanqui las enormes panzas de sus presas para evitar que transportasen a Europa los refuerzos necesarios.

¿No correspondería aquella extraña forma a un submarino alemán?

Luke no se detuvo a recapacitar sobre la posibilidad de engañarse. Retrocedió hasta la bicicleta, la puso en la carretera y saltó a ella; pedaleando furiosamente hacia el puesto de vigilancia.

La lluvia había amainado, convirtiéndose en llovizna, desagradable y penetrante, pero Luke no se daba cuenta de que iba empapado hasta los huesos.

Su objetivo era el puesto de vigilancia. Debía llegar a él antes de que el mar calmase su furia y... ¿Y qué?

Esta pregunta, sin respuesta, no le hizo aminorar la velocidad, y apenas cinco minutos más tarde, cuando ya no caía del oscuro cielo ni una sola gota de agua, Luke se vio cegado por los faros de un coche.

Iba a lanzar una imprecación, cuando una voz llegó hasta él, preguntándole:

—¡Eh, Luke! ¿Adónde vas a estas horas?

El muchacho reconoció la voz de Dick Callagham, y dio gracias al Cielo por haberle encontrado.

El «jeep» se detuvo a su altura, a la vez que Luke ponía los pies en el suelo.

—Apagad los faros —dijo con aspereza.

Era una orden extraña y sin sentido, pero el conductor del «jeep» obedeció maquinalmente. Luke acercóse al vehículo, y Dick le preguntó:

—¿Te molesta la luz?

—No —repuso Luke—. Mejor dicho: ahora, sí. Oye, Dick, a una milla de aquí he visto en el mar algo que parece un submarino.

Su declaración fué acogida con un silencio glacial. Dick lanzó una seca carcajada, y repuso:

—Anda. Échame el aliento.

—Estás equivocado si crees que la he cogido —repuso ásperamente Luke.

—Tal vez tenga razón el chico —terció otro soldado—. Siempre creemos que a nosotros no puede amenazarnos el mismo peligro a que están expuestos otros.

—Bueno. De todas formas íbamos de reconocimiento —replicó el conductor—. Conque podemos echar un vistazo.

Puso el «jeep» en marcha, y Luke exclamó:

—Abrid bien los ojos, muchachos. Os espero en el puesto.

—Si oyes tiros di que envíen refuerzos —gritó Dick.

—Así lo haré —prometió Luke.

El «jeep» se perdió de vista. Luke comprobó que andaba despacio, pero con los faros apagados, y se dijo que, después de todo, los cuatro soldados que lo ocupaban participaban de sus sospechas.

—¿No puedes ir un poco más aprisa? —apremió Dick.

—No —repuso el conductor—. A menos que encienda los faros.

—Pues enciéndelos —repuso otro de los soldados—. A este paso, si el muchacho está en lo cierto, llegaremos tarde.

Los conos de luz de los faros iluminaron la carretera. No llovía ya, y de la tierra empapada subía un calor húmedo.

—Ya puedes apagar —dijo Dick, al cabo de un rato.

El conductor del «jeep» lo hizo así, y repuso:

—Por las explicaciones de Luke, ha debido de ser por aquí...

—¡Allí está! —exclamo Dick, que oteaba con insistencia la negrura del mar.

Sus compañeros miraron hacia el punto que aquél les señalaba, y alcanzaron a divisar el extraño monstruo que había llamado la atención de Luke. Sólo que ahora iba disminuyendo poco a poco su

relieve sobre el agua, hasta que desapareció por completo.

—¡Demonio! —masculló Dick—. A que va a tener razón Luke.

Ya no cabía la menor duda de que se trataba de un submarino, aunque aquello no quería decir necesariamente que fuese alemán, pero la alarma anidó en los soldados, y Dick murmuró:

—Guardad silencio.

Los cuatro se apearon del «jeep», previniendo sus armas, y avanzaron hacia los cañaverales, metiéndose entre ellos con decisión.

—Abrid bien los ojos, muchachos —dijo Logan, el cabo.

Los cuatro hombres apartaron las cañas con las manos y los fusiles ametralladores, y miraron hacia el mar.

La marea estaba subiendo, pero el viento había cesado, y la superficie de las aguas sólo mostraba pequeñas ondulaciones, indicios de la pasada furia de la tormenta.

—¿Veis algo? —preguntó Logan.

—Ni mis dedos —rezongó Dick, a su lado.

Patrick respondió lo mismo, pero Harper permaneció en silencio.

—Allí —murmuró al fin—. ¡Mirad!

Al principio no vieron nada. Los ojos les dolían a todos a consecuencia de la neblina de vapor salobre que les rodeaba, pero al fin, Logan repuso:

—Parece un bote de goma.

Dick vio flotar algo sobre las aguas. Apenas sobresalía de ellas, pero lo que fuese avanzaba despacio hacia un punto situado cincuenta yardas a la derecha del lugar en que se encontraban.

—Es un bote —aseguró Patrick—. ¿Lo habrán botado del submarino?

—No creerás que ha salido del fondo del mar, ¿verdad? —repuso Dick.

El bote seguía acercándose. La negrura del cielo era menos intensa, pero la luna no había podido librarse aún de las nubes que la ocultaban.

—Tenemos que acercarnos —dijo Logan—. Despacio y sin ruido. Yo daré la voz de alto.

Los cuatro se deslizaron silenciosamente hacia el punto en que debían de confluír con el bote cuando éste llegase a la costa, y al fin se encontraron frente a la embarcación cuando se hallaban aún a

veinte yardas de distancia.

El agua penetraba entre los cañaverales, donde estaban emboscados los cuatro soldados yanquis, con los corazones latiendo tumultuosamente en sus pechos.

Más de una vez se habían quejado de la inutilidad de aquel servicio, pero ahora se encontraban con que las previsiones de sus jefes eran acertadas.

El bote estaba cerca. Las quince yardas quedaron reducidas a ocho, luego a seis. En aquel momento, uno de los ocupantes dijo algo en una lengua extraña para los americanos, que disipó las últimas dudas de éstos.

Logan no les dio el alto aún. Los dejó llegar con el bote hasta los cañaverales que les ocultaban, y observó con el mayor interés los movimientos de los recién llegados.

Éstos saltaron del bote, y Logan y sus compañeros tuvieron la sensación de que sacaban algunas armas cortas.

¡Espías y sabotadores! Logan rechinó los dientes de furia, y se propuso que ninguno de ellos consiguiese sus propósitos de entrar subrepticamente en la Nación.

Un leve silbido les indicó que el bote estaba siendo desinflado. Ya no había posibilidad de fuga, y Logan se irguió lentamente entre las cañas, con el fusil ametrallador apoyado en la cadera.

Antes de enderezarse por completo se detuvo y permaneció rígido al oír hablar a uno de los recién llegados.

—¿Qué te ocurre, Lippe? —preguntó otro alemán.

—Me parecía haber oído ruido —repuso Lippe.

—Deben de ser tus nervios.

El tercero permaneció silencioso. Logan acabó de ponerse en pie, y exclamó en inglés:

—¡Quietos! ¡Manos en alto!

Los tres soldados que le acompañaban se irguieron casi al mismo tiempo que él, y la luz de la luna se quebró sobre los cañones de los fusiles ametralladores al salir de detrás de las nubes que robaban su luz a la tierra.

La sorpresa fué completa. Uno de los desconocidos lanzó una exclamación de sorpresa. Logan le vio levantar la mano, y otro exclamó:

—¡Quietos, Frolich!

El aviso llegó tarde. Frolich, dejándose dominar por los nervios, apretó el gatillo de la pistola que empuñaba, y el arma escupió por la boca un pequeño cono de fuego, acompañado de un proyectil.

Patrick lanzó un gemido y se dobló por la cintura, siendo recogido por Dick antes de que cayese por completo.

Logan masculló una maldición, y desvió el fusil ametrallador hacia Frolich.

El seco ladrido de cuatro disparos hicieron el eco al de la pistola. Frolich saltó de lado, y el hombre que estaba junto a él cayó de espaldas, segado el pecho por los proyectiles del americano.

—¡No se muevan o...!

La voz de Logan, siniestra y amenazadora, hubiese podido ser entendida en cualquier parte del mundo. Los recién llegados alzaron sus brazos hacia el cielo, y el cabo ordenó otra vez:

—¡Tiren las armas!

Ante su sorpresa, las dos pistolas cayeron en el agua, a sus pies. Dick exclamó:

—Vaya, pero ¡si saben inglés!

—Claro que deben saberlo. Se verían en un aprieto si no lo hablasen correctamente —terció Harper—. Alemanes, ¿verdad? —preguntó Logan.

—Sí —repuso el llamado Lippe.

—Les ha salido el tiro por la culata —masculló Harper—. Y usted las pasará moradas si se muere Patrick —dijo a Frolich.

Éste no replicó. Logan advirtió:

—No hagan tonterías. Sería peor. Adelante.

Apoyó el fusil ametrallador en la espalda de Frolich, y Harper hizo lo mismo con Lippe. En cuanto a Dick, les siguió fuera de los cañaverales, llevando casi en vilo al desdichado Patrick.

Una vez junto al «jeep», Logan cerró sus esposas alrededor de las muñecas de Frolich, y Harper le imitó, exhalando un suspiro de alivio.

—¿Cómo te encuentras, Patrick?

—Muy... mal —replicó éste.

Le tendieron en la parte posterior del «Jeep». Logan ordenó:

—Llévatelo, Harper. Date prisa. Dick y yo llevaremos a éstos.

—¿Y el otro?

—Déjalo. Ya enviaremos a buscarle. Después de todo, nada se

puede hacer por él.

Harper no se hizo repetir la orden. Era buen amigo de Patrick, y la idea de que la vida de éste dependía de su rapidez le hizo apretar los dientes.

El «*jeep*» se perdió pronto de vista. Logan unió con una cuerda la esposa que sujetaba la muñeca derecha de Frolich con la que ceñía la izquierda de Lippe, y ordenó:

—En marcha.

Los dos alemanes caminaban delante de sus aprehensores, en silencio, rumiando el fracaso de su desembarco clandestino, mientras se preguntaban qué iban a hacer con ellos.

Cuando llegaron al puesto de vigilancia, el corazón le dio un vuelco a Logan al ver el «*jeep*» detenido a la puerta.

La casa era de troncos, pero el interior era confortable, y estaba bien iluminado. Logan obligó a los prisioneros a penetrar en ella, y de un rápido vistazo comprendió la situación.

Todos los hombres del puesto —doce en total— estaban allí, con Luque entre ellos, y se volvieron al oír sus pasos, dejando al descubierto el cuerpo de Patrick, que yacía inmóvil encima de una mesa. Logan se detuvo.

—¿Ha... muerto? —preguntó.

—Sí —masculló Harper, con un sollozo—. Y tú le has matado. ¡Maldito seas! —exclamó, saltando hacia Frolich.

Antes de que nadie pudiese evitarlo, golpeó al alemán en la cara, haciéndole sangrar por la nariz. Frolich limpióse la sangre con la manga, y repuso, serenamente:

—Lo siento. Son cosas de la guerra.

—Cosas de la guerra, ¿eh? —masculló Harper—. Cuando vayan a fusilarte, tendré mucho gusto en recordarte que también será cosa de la guerra.

Tuvieron que sujetarle para, evitar que volviese a golpearle de nuevo. Los dos prisioneros fueron empujados hacia una habitación sin ventanas, situada al fondo del edificio, y la puerta se cerró tras ellos.

—Vigila bien, Cleff —dijo Logan.

—No te preocupes —repuso aquél—. Me gustaría que intentasen huir.

Pero ninguno de los dos prisioneros hizo el menor movimiento

de fuga, y la noche pasó en calma. A la mañana siguiente, bajo la mirada ceñuda de los soldados, especialmente de Harper, los dos prisioneros fueron trasladados a Santa Lucía, y de allí a Tallahassee, en un coche cerrado.

—Cuando lleguemos a otra prisión, recuérdame que te diga algo acerca de mis zapatos —dijo Frolich a Lippe, durante el trayecto.

—No hablen —masculló uno de los soldados que vigilaban hasta sus menores movimientos.

Una vez en Tallahassee, los separaron. Frolich se percató en seguida de que no iban a ser encerrados en la misma celda, y adivinó el motivo.

—Van a fusilarme por matar a aquel soldado, Lippe —dijo, en voz baja—; pero tú, posiblemente, te salvarás.

—¿Qué tenías que decirme acerca de tus zapatos? —preguntó Lippe.

—Ya, nada. Tengo algo escondido en el derecho, pero no puedo dártelo. No nos quitan el ojo de encima.

—¿Qué es? —preguntó Lippe, con curiosidad.

—No tengo tiempo de explicártelo —repuso Frolich—. Sólo te diré una cosa: si algún día recobras la libertad, busca mi tumba. En mi zapato derecho encontrarás algo que te hará rico para el resto de tus días.

Terminadas las formalidades de la entrega, un oficial se acercó a los dos alemanes, mirándoles con hostilidad.

Lippe y Frolich le devolvieron la mirada sin bajar la vista. Su aspecto era cansado y triste, pero sabían que si se encontraban en tal estado era por haber cumplido con su deber para con Alemania.

A una orden del oficial, cuatro soldados se llevaron a Frolich. Dos pasos más allá, el alemán se volvió hacia Lippe, y dijo con una sonrisa:

—No te olvides de mis zapatos. ¡Adiós!

Lippe sintió un nudo en la garganta. Estaba seguro de que veía a Frolich por última vez, y sintió compasión por aquel hombre, de mucha más edad que él, sin saber que no le habían llevado a los Estados Unidos los mismos patrióticos motivos que empujaban a la muerte a tantos hombres, sino otros mucho más personales.

Unos días después le comunicaron la muerte de Frolich frente al pelotón de ejecución.

Y al mismo tiempo le leyeron su sentencia: catorce años de reclusión.

Lippe exhaló un suspiro de alivio. Estando en guerra, lo esencial era salvar la vida como fuese. Luego...

I



OLLART, el *sheriff* de Marylebone, tenía los pies sobre la mesa, y se balanceaba suavemente, moviendo el sillón que ocupaba al compás de la canción que desgranaba Peggy Molly, en el aparato de radio.

Andrews y Lyss, el primero buen amigo del *sheriff* y el segundo ayudante de éste, jugaban una aburrida partida de cartas, repartiendo por igual su atención entre los naipes, la radio y lo que decía Mollart.

—Aquí no pasa nunca nada —rezongó el *sheriff*—. Está todo tan tranquilo, que da asco. Yo me pregunto si el país se ha quedado de pronto sin criminales.

—¡Ojalá fuese así! —deseó Lyss, arrojando una carta sobre la mesa.

—Me como tu rey de «piks» —dijo Andrews, echando el as sobre el rey—. Si sigues así de distraído, perderás hasta la camiseta. Me debes ya —ojeó un papel que tenía al lado, y dijo, mirando a Lyss—: Setecientos veintinueve mil doce dólares con sesenta centavos.

Lyss tiró las cartas y se puso en pie.

—Con tu permiso me voy a dormir —dijo a Mollart—. Estoy más aburrido que una ostra. En mi vida he robado un sueldo como lo estoy haciendo ahora.

Andrews recogió calmadamente las cartas.

—No os apuréis —dijo—. El día menos pensado tendréis algún lío de los gordos.

—¡Dios te oiga! —deseó fervientemente Mollart—. Estoy deseando demostrar a los que me eligieron *sheriff* que su elección fué acertada. He oído decir que Chipp, el *sheriff* de Paarlas detuvo hace unos días a dos «gangsters». Eso se llama suerte.

—Desde que acabó la guerra esto es un paraíso —dijo Andrews—. No deseéis que cambie.

Mollart quitó los pies de sobre la mesa, se desperezó con fruición y se puso en pie.

—Vámonos —dijo—. ¿Tienes las llaves?

—Sí —repuso su ayudante.

—¿No os quedáis uno aquí? —preguntó Andrews.

—¿Para qué? —repuso Mollart—. Todas las celdas están vacías. Desde que pusimos en libertad al último borracho, que detuvimos hace ya más de cien años, según mis cuentas, las ratas son las únicas que las ocupan. Andando, Lyss.

—Te dejas el revólver —apuntó Andrews.

El arma estaba metida en la funda, colgada de un clavo que sobresalía de la pared. Mollart la tomó, ajustándosela a la cintura, y dijo:

—Debe de estar oxidado.

Andrews y él salieron. Lyss apagó las luces antes de hacerlo también, e hizo girar la llave en la cerradura. Sobre la puerta había recortado un rectángulo blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó Andrews.

—Un papel con mis señas y las de Lyss —repuso el *sheriff*—. Si hay algo, ya saben dónde buscarnos. Pero no te preocupes, Andrews. Nadie nos quitara el sueño.

—Vamos al bar de Doña Juana —sugirió Andrews—, os invito a una copa.

—Por mi parte, no podría dormir si tomase una sola gota de licor —repuso Mollart.

Lyss aceptó, y el *sheriff*, demasiado aburrido hasta para irse a dormir, les acompañó al bar.

Las luces de neón refulgían en la noche, haciendo palidecer a las estrellas. Marylebone era un pueblo industrial y trabajador, y había poca gente en las calles. A la derecha apareció el bar de Doña Juana, haciéndoles guiños de llamada con sus luces multicolores.

Al llegar a la puerta, Mollart abrió una boca de a palmo.

—Me voy a dormir —dijo—. Hasta mañana.

Fueron inútiles las palabras de Andrews y de Lyss, intentando convencerle para que aceptase la última ronda. Mollart se alejó, agitando un brazo en el aire, y los otros dos penetraron en el bar.

Una radiogramola desgranaba cansadamente unas notas que constituían el preludio de «De ti para mí». Cuando la ronca voz de Peggy Molly empezó a cantar. Lyss sonrió.

—Esa muchacha me quita el sentido —dijo—. Me gustaría verla en persona.

—Si lo haces, no dormirás más —repuso Andrews—. Tengo una fotografía suya en casa, y la ropa que lleva cabe en un puño. Te la enseñaré mañana.

—Se la harían en la playa.

—O para fines publicitarios —repuso Andrews, acercándose al mostrador—. Supongo que no andará así por la calle.

Durante algunos minutos la conversación giró en torno a Peggy Molly. Andrews afirmaba que la muchacha tenía lo necesario de todo y cada cosa en su sitio. NI faltaba ni sobraba nada. Más bien sobraba.

Sus palabras hacían arder a Lyss en deseos de admirar la fotografía. Iba a proponer a Andrews que fuesen a buscarla, cuando Mollart apareció en el umbral.

Su aspecto soñoliento había desaparecido. Avanzó hacia sus amigos, moviendo velozmente sus cortas piernas, y cuando estuvo frente a Lyss, éste son rió:

—¿Se le ha pasado el sueño? —preguntó.

—Sí —repuso, secamente, el *sheriff*.

—Pon otro vaso, Max —pidió Andrews.

—No bebo —repuso Mollart—. Ni tú tampoco, Lyss. Ven conmigo.

Su ayudante dejó el vaso en el mostrador.

—¿Sucedá algo? —preguntó.

—No lo sé aún. Vamos a verlo.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó Max.

—En el cementerio —repuso el *sheriff*.

—En el... —Andrews se atragantó con la bebida, y tosió ruidosamente.

—Sí. Acabo de ver una luz en él. Tal vez esté equivocado, pero quiero cerciorarme.

—¡Cielos, Red! —exclamó Andrews—. La última copa te la bebiste hace más de dos horas.

Mollart no le escuchaba. Con paso nervioso salió del bar, y Lyss le siguió, alcanzándole de dos zancadas.

La diferencia de estatura entre Mollart y su subordinado era tema de regocijo en Marylebone, y muchos afirmaban que el pequeño *sheriff* había buscado al gigantesco y desgarrado Lyss como ayudante, siguiendo, sin percatarse de ello, la ley de las compensaciones.

Sin embargo, a Lyss le costó trabajo seguir a su jefe a través de las calles sumidas en la oscuridad. Los pasos de Mollart tecleaban nerviosamente en el suelo, como irregulares ráfagas de ametralladora. Y detrás de los dos hombres, Andrews se esforzaba por seguirles, tras prometer a Max que volvería para informarle de lo que sucediese.

Al fin se encontraron en el campo, y Mollart se detuvo en seco, señalando a la distancia.

—Mira —dijo.

A lo lejos, bajo la luz espectral de la luna, que recortaba su disco de plata en un cielo sin nubes, se percibían las siluetas de algunos árboles altos y delgados, de forma característica aun en la penumbra. Eran los sauces que marcaban el emplazamiento del pequeño cementerio del pueblo.

Por encima de la tapia surgía un resplandor tan leve, que Lyss murmuró:

—No veo nada. Espera... Sí. Ahora lo distingo. Parece que

alguien anda por allí con una luz.

El reflejo oscilaba levemente, y este movimiento lo hacía un poco más visible. Andrews también afirmó que lo veía bien, y Mollart decidió:

—Vamos allá.

Andrews fué a decir algo, pero los dos representantes de la Ley encaminaban ya sus pasos hacia el cementerio, y los siguió, impulsado por la curiosidad, que venció al miedo que sentía.

El camino que conducía al campo santo era liso y estaba bien cuidado. Los tres hombres salvaron con rapidez el primer cuarto de milla, y Mollart se detuvo.

La luz era ahora perfectamente visible ante ellos. Los sauces se recortaban contra el cielo, señalando el límite de la tapia de piedra que circundaba el recinto poblado de tumbas. Junto a ella, un bulto más negro que la negrura que le rodeaba atrajo la atención de Lyss.

—Parece un automóvil —dijo.

—Y lo es —repuso Andrews.

Por lo que pudiera suceder, Mollart extrajo el viejo revólver de la funda, lamentando no haber concedido más atención a su limpieza, y continuaron el avance, procurando disminuir al máximo el ruido de sus pisadas.

De esta forma no tardaron en encontrarse cerca del automóvil, comprobando que se trataba de un Pontiac de reciente modelo.

—No es siquiera de este Estado —rezongó Mollart, anotando la matrícula.

—¿Qué diablos estarán, haciendo? —masculló Andrews.

Los tres hombres tensaron el oído, alcanzando a distinguir murmullos de conversación sostenida en tono normal.

De pronto, se produjo un chasquido metálico, y Mollart murmuró:

—Que me ahorquen si ese ruido no es el de una pala al chocar contra una piedra —miró al automóvil, midiendo la distancia que separaba su techo del borde de la tapia—. Lyss —dijo—, súbete al coche y echa un vistazo ahí dentro.

Lyss no se hizo repetir la orden, porque estaba tan intrigado como sus compañeros y tan deseoso como ellos de satisfacer su curiosidad.

Con gran facilidad se encaramó al Pontiac, sin hacer el menor

ruido, y enderezó su largo cuerpo junto a la tapia, sacando lentamente la cabeza por encima del muro.

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para ahogar una exclamación de sorpresa. Mollart lo adivinó al verle agachar de repente la cabeza y saltar del coche al suelo.

—¿Qué has visto? —le preguntó, en un susurro.

—Son... cuatro hombres —murmuró su ayudante, con voz entrecortada. Están desenterrando... a un muerto.

Andrews se llevó una mano a la boca. Mollart apretó los labios y masculló:

—Me lo figuraba. ¿Has visto alguna escalera?

—No —repuso Lyss.

La verdad era que ni siquiera lo había mirado. Mollart apretó la culata del revólver, y se encaminó hacia la puerta del cementerio, situada en el lado opuesto al camino. Cuando estuvo cerca de ella, se detuvo.

—¿Has traído la pistola? —preguntó a Lyss.

Éste afirmó con la cabeza. El *sheriff* empujó la puerta con la mano izquierda, y aquélla giró sin ruido sobre sus goznes, haciéndole preguntarse cómo se las habrían arreglado para forzar la cerradura.

Quienquiera que estuviese dentro del cementerio, no había penetrado en él guiado por un pensamiento de devoción o respeto hacia los muertos. Aquello era seguro, y la puerta forzada y lo que acababa de ver Lyss indicaron a Andrews que el cielo había escuchado sus súplicas, y que al día siguiente tendría mucho que contar en Marylebone.

Un amplio camino enarenado, bordeado de sauces, que en los días de calor proporcionaban sombra a las tumbas y mausoleos que se alzaban a su lado se iniciaba en la puerta, perdiéndose en las profundidades de aquella ciudad de muerte.

Mollart metióse por él sin vacilar, y avanzó guiado por el resplandor de la luz y el ruido que producían los desconocidos vistos por Lyss.

Los árboles, las tumbas y los mausoleos ocultaban su presencia, que tampoco fué denunciada por el leve rumor de sus pasos sobre la hierba que crecía entre las tumbas, y pudo llegar a un punto desde el cual observó que Lyss no se había equivocado.

Había cuatro hombres alrededor de una tumba abierta. Dos de ellos, en mangas de camisa, estaban sentados en el mármol de otra sepultura, fumando plácidamente. Se habían despojado también de los sombreros y aflojado las corbatas, y todo hacía pensar que acababan de ser relevados en su trabajo por los dos que sacaban tierra del hoyo en aquel momento.

Mollart sintió su boca seca, en contraste con la tranquilidad de que hacían gala aquellos hombres.

Estaban a cincuenta yardas de distancia, sin saberse observados, y sus movimientos estaban llenos de naturalidad, como si no hubiesen pensado ni por asomo en la posibilidad de ser sorprendidos.

Detrás de Mollart, Lyss y Andrews observaban la macabra escena con la misma agitación que el *sheriff*.

¿Quién estaría enterrado allí? ¿Qué había en aquella tumba para despertar la atención de sus profanadores hasta el punto de hacerles asaltar el cementerio de noche?

Esto se preguntaban Lyss y Andrews. Mollart, en cambio, se hacía otra pregunta más concreta: ¿Qué buscaban aquellos tipos en la tumba de George Linden?

Él no sabía quién era George Linden, pero sí las extrañas circunstancias en que había sido enterrado allí, dos años atrás, poco antes de que terminase la guerra.

Uno de los hombres que cavaban en la fosa, masculló un juramento, y se detuvo en su trabajo para secarse el sudor de la frente.

Todo el conjunto estaba iluminado por una linterna eléctrica que reposaba en el suelo, sobre un montón de tierra, cuyo cono de luz dejaba parcialmente en la penumbra a los que descansaban en aquel momento.

—¿Estás seguro de que ese tipo está enterrado aquí? —preguntó.

—Claro que sí, hombre. Ya viste el nombre en la lápida; «George Linden». Con ese nombre le enterraron.

—No sé cuándo vamos a dar con él. Llevamos media hora cavando.

Los dos hombres estaban hundidos en la fosa hasta más arriba de la rodilla. De cuando en cuando una paletada de tierra surgía del hoyo, incrementando el montón que se acumulaba a un lado.

—Cavad hacia los pies. Es lo que nos interesa. —La tierra está blanda— dijo el otro que fumaba. —Pero no tenemos costumbre de hacer este trabajo.

De un momento a otro llegarían al cuerpo del muerto enterrado allí. Mollart sentía latir violentamente su corazón; pero la curiosidad pudo más en él que sus deseos de terminar de una vez, y esperó aún unos minutos.

Da pronto, uno de los que cavaban se enderezó.

—Aquí está la caja —dijo—. Oye, Bholer. La madera está destrozada.

El llamado Bholer y el otro hombre se pusieron en pie, asomándose a la tumba.

—No es extraño —dijo aquél—. La humedad habrá carcomido la madera. Sal de ahí.

Su interlocutor gateó fuera del hoyo, y Bholer saltó a él, mientras el otro hombre que cavaba se secaba el sudor de la frente.

Bholer desapareció de la vista de Mollart al agacharse dentro de la tumba, pero no tardó en incorporarse.

—Pero... —masculló —no lo entiendo.

—¿Qué sucede? —preguntó otro, alarmado.

—Alguien se nos ha adelantado. El muerto no tiene zapatos.

Se hizo un silencio impresionante. Mollart se preguntó para qué necesitaban aquellos hombres los zapatos de George Linden, mientras su ayudante se hacía otra pregunta: «¿Quién les había tomado la delantera?».

Los otros cuatro comenzaron a hablar a un tiempo, hasta que Bholer exclamó:

—¡Silencio! Si alguien pasa por el camino... —sus compañeros callaron, y aquél continuó—: Bien, muchachos. Hemos hecho el ridículo viniendo aquí ¡Vámonos! Tenemos que charlar con ese maldito de Kingsley largo y tendido.

Los cuatro comenzaron a sacudirse la tierra de las ropas en silencio.

—No puedo explicarme quién puede... —masculló uno de ellos.

—Kingsley lo sabe. Estoy seguro. Me hizo pagarle dos mil dólares por la información; pero como me llamo Bholer te juro que se los haré escupir.

Mollart pensó que a aquel Kingsley le esperaban momentos muy

amargos si Bholer le encontraba.

—¿Tapamos esto? —preguntó uno de los desconocidos.

—Déjalo —repuso Bholer—. De todas formas van a descubrirlo. Nos llevaremos la herramienta.

Se disponían a marcharse, cuando Mollart juzgó que había llegado el momento de presentarse ante ellos. Dio un leve codazo a Lyss para que estuviese prevenido, y salió de detrás del mausoleo que le ocultaba, plantándose ante los cuatro hombres.

—¡Quietos! —Ordenó, encañonándoles con el arma—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

Evidentemente, la sorpresa fué completa. Bholer se detuvo en la tarea de ajustarse la americana. Otro les miró, agachado sobre el pico y la pala, y los otros dos se mostraron no menos sorprendidos.

Detrás de Mollart, Lyss sostenía su pistola con mano temblorosa por la emoción, y Andrews no perdía una sílaba ni un movimiento de la escena.

—¿Quién es usted? —preguntó Bholer.

—El *sheriff* del pueblo —replicó Mollart—. ¿Qué buscaban en esa tumba?

—Verá usted, *sheriff* —empezó a decir Bholer, con acento, conciliador, mientras esbozaba una sonrisa—. El caso es que ahí está enterrado un amigo nuestro, que llevaba unos documentos muy importantes para nosotros cuando le echaron la tierra encima y...

—¿Los tenía escondidos en los zapatos? —preguntó agudamente Mollart—. Les oí hablar. Parece ser que alguien se les adelantó, buscando esos papeles.

—No tuvimos suerte —dijo Bholer.

—¿Qué clase de documentos eran?

—Se referían a nuestros negocios.

Bholer se acercó al *sheriff*, pero éste advirtió:

—¡Quietos donde está!

Bholer lanzó a sus hombres una rápida mirada.

La presencia del *sheriff* no le inquietaba demasiado, porque se había visto en otras situaciones más comprometidas que la que le creaba aquel infeliz *sheriff* de pueblo, y de todas ellas había sabido salir airoso.

Gracias a su astucia y habilidad, seguía viviendo, y no iba a dejarse atrapar ahora por aquel tipejo que empuñaba un anticuado

revólver, que ni siquiera sabría utilizar.

—¡Hala! Acaben de ponerse la ropa. Van a acompañarnos —dijo Mollart.

—Seguro que sí, *sheriff* —repuso Bholer—. Aparte de abrir esa tumba, no hemos hecho nada malo. Claro que puede usted metemos en un aprieto.

—Y de los gordos —repuso Lyss—. El violar tumbas se paga caro en el Estado de Alabama.

—Tengo amigos influyentes, que me sacarán con bien de este enredo —replicó Bholer—. Pero les confieso que puede suponer una dilación para mis negocios, que me haría perder muchos miles de dólares. Y digo yo, *sheriff*, que ustedes podrían ganarse una parte de esos dólares. ¿Qué les parece?

Se percató de que había resbalado sobre la honradez de Mollart, cuando le oyó refunfuñar:

—Además le acusaré a usted de intento de soborno. ¿Están listos? Pues andando.

Bholer no pensaba siquiera en llegar al pueblo. Hizo como que avanzaba para pasar junto a Mollart, pero al mismo tiempo volvió un poco la cabeza, haciendo un guiño al hombre que estaba más cerca de la linterna.

Aquél dio un traspié y propinó una patada al artefacto, que lo lanzó contra la próxima pared del cementerio. La paz se había terminado por aquella noche en Marylebone.

Bholer y sus hombres corrieron hacia la puerta amparados por la sombra. Mollart rugió:

—¡Deténganse o disparo!

Nadie hizo caso de su conminación. Por el contrario, dos de los rufianes se volvieron hacia el trio, y de sus manos surgieron cárdenas lengüetas de fuego, a la vez que las detonaciones atronaban el recinto del campo santo.

Mollart oyó el zumbido de los proyectiles muy cerca de su cabeza. Probablemente, Bholer no deseaba agravar su situación haciendo víctimas, creyendo que con aquellos disparos habría más que suficiente para amedrentar a Mollart y a los que le acompañaban; pero acertó solo a medias.

Andrews pensó que aquello no iba con él. Una cosa era satisfacer su curiosidad y otra dejarse matar en una refriega que no le

incumbía. Marylebone no perdería mucho con su muerte, pero su esposa y sus hijos sí, y se arrojó al suelo, detrás de una lápida, cubriéndose la cabeza con los brazos.

Mollart saltó detrás de un sauce, y Lyss imitó a Andrews. Pero los dos hombres comenzaron a disparar simultáneamente sobre las siluetas de los que cubrían la retirada de los otros.

Uno de éstos lanzó un juramento y se tambaleó. El otro arreció en sus disparos, a la vez que retrocedía entre el enjambre de árboles y tumbas, y se perdió de vista hacia la puerta.

—¡Adelante! —masculló Mollart.

Lyss y él saltaron de sus escondites; pero el herido vació contra ellos la carga de plomo que quedaba en el arma que empuñaba, haciéndoles moverse con más prudencia, y no tardaron en oír el runruno del motor del Pontiac al otro lado de la tapia.

—Se largaron —dijo Mollart, con amargura.

Sus esperanzas de hacerse famoso aquella noche se diluyeron en el aire. Lyss exclamó:

—Aún está ése, *sheriff*.

Los dos se movieron con precaución hacia el herido, constatando que no disparaba. Al encontrarse a su lado, su inmovilidad les dijo la causa de su silencio.

—Parece que está muerto —murmuró Lyss.

Mollart se inclinó a su lado, y no tardó en enderezarse.

—La ha estirado —gruñó—. Me gustaría no haber tenido tanta puntería.

Andrews salió de su escondite, uniéndose a ellos, y Mollart se decidió a actuar.

A una orden suya, Lyss buscó la linterna, y no tardó en encontrarla. Cuando regresó con ella, encendida junto a Mollart, éste gruñó:

—Podías haberla cogido con el pañuelo. Vas a borrar las huellas que pueda haber en ella.

Lyss se apresuró a hacerlo así, y enfocó la luz hacia la tumba.

Un trozo de la caja que contenía el cuerpo de George Linden sobresalía de la tierra. Era la parte correspondiente a los pies, y aparecía destrozada, dejando al descubierto las piernas.

El tiempo había realizado su tarea destructora en combinación con la tierra. En los trozos que el pantalón dejaba ver, las piernas

aparecían, destrozadas, presentando enormes heridas, que dejaban el hueso al descubierto.

Mollart trasladó su mirada a los pies, y comprobó que el muerto no tenía zapatos.

¿Quién había excavado en la tumba antes que Bholer y sus hombres y despojado de ellos al cadáver?

Le habría gustado saberlo, pero no podía adivinarlo, y se volvió hacia Lyss:

—Tenemos que taparle —dijo.

Andrews les ayudó en la tarea de cubrir completamente el cuerpo, empujando la tierra hacia la tumba con los pies, y Mollart señaló la lápida, que había sido retirada a un lado.

—Enfoca ahí, Lyss —ordenó.

Éste obedeció, y los tres pudieron leer:

«George Linden. Murió en accidente de automóvil el
5 de julio de 1943. Descanse en paz».

—Ahora lo recuerdo —murmuró Andrews—. Fue aquel que...

—Exactamente —repuso Mollart.

No quería hablar de aquello. Tenía órdenes severísimas al respecto, y sospechaba que algo muy serio se ocultaba detrás de todo aquello.

—Volvamos al pueblo —dijo.

Tenía prisa en llegar a Marylebone para releer la orden escrita que le fué entregada después de que George Linden fué enterrado.

Recordaba, desde luego, que estaba firmada por el gobernador, y en ella le daba instrucciones respecto a aquella tumba.

Y la orden era tajante. Debía de telefonear inmediatamente a las autoridades si observaba algo anormal alrededor de aquel pequeño rectángulo de terreno donde reposaban los restos mortales de Linden.

Mollart estaba intrigado, y permaneció silencioso de regreso al pueblo, mientras Lyss y Andrews charlaban sin cesar.

Algunos habitantes de Marylebone debían de haber oído los disparos, y el hablador de Max, el camarero de Doña Juana, se encargaría de informarles de que algo sucedía en el cementerio, pues a mitad del camino se encontraron con un grupo de hombres que avanzaba hacia ellos.

Mollart no contestó a ninguna de las innumerables preguntas que llovieron sobre su cabeza.

—Lyss: ¡vuelve al cementerio con algunos hombres y tráete el cuerpo que dejamos allí! —ordenó.

Su ayudante lo hizo así.

Mollart llegó a la oficina y aprovechó el momento de encontrarse solo para abrir un cajón de la mesa y rebuscar entre los papeles que contenía, no tardando en dar con el que buscaba, que sacó del sobre y desdobló ante sus ojos.

Era tal y como lo recordaba. Si notaba algo anormal en torno a la tumba de Linden, debía de comunicarlo inmediatamente —la palabra estaba subrayada— al gobernador del Estado.

El *sheriff* se dejó caer en el sillón, entornó los ojos y revivió el recuerdo de aquel día en que una furgoneta de pompas fúnebres se detuvo ante su oficina, llevando un féretro.

Uno de los hombres que iban en el pescante se presentó ante él como agente federal, y le mostró la orden del gobernador.

Debía de autorizar el entierro del muerto en el cementerio de Marylebone. Se trataba de un tal George Linden, y había perecido en un accidente de automóvil ocurrido el día anterior a siete millas del pueblo.

Mollart no hizo pregunta alguna. Sabía que aquello era falso. Tal vez el nombre y el motivo de la muerte fuesen ciertos, pero se negaba a admitir que fuese precisa una orden especial para enterrar a un hombre muerto en aquellas circunstancias.

Sin embargo, dio su conformidad, y Linden reposó para siempre en el pequeño cementerio local. Bueno, para siempre no, porque alguien se había encargado de alterar su paz.

¿A quién se refería aquel Bholer?

Era evidente que otros habían excavado en la tumba antes que él, pero debieron hacerlo con más sigilo, por cuanto nadie se había enterado.

Mollart suspiró profundamente. Le habría gustado saber muchas cosas, pero prefería que los federales se hiciesen cargo de aquel tenebroso asunto.

Alargó la mano hacia el teléfono, y tomó el auricular, que se llevó al oído.

II



L inspector Ashley acabó de leer los papeles que tenía entre las manos y se hizo atrás en su sillón, tras dejar aquéllos sobre la mesa.

El sillón rechinó dolorosamente bajo su peso. Ashley miró al hombre que permanecía frente a él, sentado al otro lado de la mesa, y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—¿Qué más quería? —se lamentó Paul Ladd—. El *sheriff* me dio toda clase de facilidades y pude hacer una buena inspección por los alrededores de la tumba. Ahí tiene usted el nombre del muerto y otros detalles.

Ashley volvió a echar su cuerpo hacía, adelante y tomó otro papel.

—Tino Bolger —leyó—. ¿Os habéis molestado en averiguar algo acerca de él?

—Todos sus antecedentes están escritos al dorso del papel que tiene en la mano —replicó Paul Ladd con cierta sequedad.

A pesar de que hacía cuatro años que trabajaba a las órdenes del inspector, no acababa de acostumbrarse a su manera de hablar. Sabía que la manera semejante a trallazos con que Ashley pronunciaba las palabras, era una costumbre adquirida a lo largo de su dilatada vida profesional en lucha constante contra el hampa, mas, a pesar de ello, le habría gustado que echase mano de cuando en cuando de cierta cordialidad.

El inspector leyó los antecedentes de Tino Bolger, y murmuró:

—Una buena pieza, según parece. La sociedad no llorará su muerte. Bien, Ladd. Había otro individuo llamado Bholer, al parecer. ¿Qué sabemos acerca de él?

—Hemos encontrado seis tipos con ese apellido en los archivos. Las fotografías han sido enviadas al *sheriff* Mollart, y estamos esperando su respuesta.

—Ponte en movimiento en cuanto sepas qué Bholer es el que buscamos —ordenó el inspector—. Desde luego, te encargarás del caso. Tú solo por el momento. Si tiene otras derivaciones y necesitas ayuda, la tendrás.

Paul Ladd aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se encaró con el inspector.

A los veintisiete años de edad, Ladd era el preferido de Ashley. Éste le apreciaba como a su propio hijo, si lo hubiese tenido, pero procuraba no dárselo a entender, tratándole con más despego que a los otros agentes a sus órdenes.

—No acabo de entenderlo —dijo el joven—. Allí está enterrado un hombre llamado George Linden, muerto hace poco más de un año en un accidente de automóvil. ¿Por qué interviene el

F. B. I.,

en la violación de su tumba? Eso es cosa de la Policía local.

Ashley volvió a echarse hacia atrás, a la vez que sonreía.

—Se me ha ordenado proseguir la investigación. Debemos averiguar, sobre todo, qué buscaban esos bandidos en su tumba. Lo que fuese estaba en los zapatos. Es preciso encontrar a Bholer.

—Eso es fácil. Ponga un anuncio en la Prensa y se presentará a

usted en seguida —repuso Ladd, en irónico tono.

Ashley se puso serio.

—Hay que encontrarle —repuso—. Bueno, Ladd. No quiero que andes a ciegas en este asunto. El hombre enterrado en esa tumba no es George Linden.

—¿No? ¿Entonces...?

—Se trata de un alemán apresado durante la guerra. Apenas desembarcó de un submarino en la costa del Sur. Mató a un soldado de la defensa, costera, y eso le costó la vida.

Ahora fué Ashley quien requirió otro papel, y leyó:

—Otro de los que desembarcaron con él murió en la refriega, y el tercero, un muchacho llamado Walter Lippe, fué condenado a catorce años de cárcel, en atención a su poca edad. No llegó a cumplir la pena, porque terminó la guerra y fué repatriado a Alemania.

—¿Cómo se llama el hombre enterrado allí?

—Hans Frolich —replicó el inspector—. Venían bien provistos de dinero y documentación y, como tantos otros que desembarcaron de igual forma, llegaron con el propósito de realizar espionaje y actos de sabotaje.

—¿Por qué lo enterraron con otro nombre?

—Cosas de la guerra —repuso Ashley—. Se hizo con varios espías y saboteadores, y sólo los hombres del Pentágono y algunos federales saben dónde reposan sus restos. Claro que ya no importa que se sepa pero durante la guerra sí.

—¿Por qué habrán violado la tumba?

—Tengo mi teoría acerca de eso —repuso Ashley—. Naturalmente, no puede pensarse que esos individuos eran compatriotas del muerto y querían llevarlo a otro lugar. Mi opinión a la vista de los informes que tengo, es que Frolich guardaba en uno de sus zapatos algo muy valioso.

—¿Material de espionaje?

—No creo. Ya no tendría interés alguno. No puedo ni imaginar siquiera qué puede ser. Lo único positivo es que la tumba ha sido violada por dos veces y los que lo hicieron buscaban lo mismo en los zapatos de Frolich.

—¿Puede estar Lippe mezclado en esto?

—No lo sé —repuso el inspector—. Como te dije fué repatriado a

Alemania, pero es posible que haya regresado clandestinamente. Ya he ordenado que investiguen eso, así como los antecedentes de Hans Frolich en Alemania.

—Lippe tiene que estar en el lió —repuso rotunda mente Ladd—. Para mí es el que más probabilidades tenía de saber lo que guardaba Frolich en los zapatos.

—Temo que este asunto nos va a dar más guerra de la que creemos. El Pentágono se ha desentendido —dijo Ashley—. La guerra terminó hace tiempo, y todo está empezando a olvidarse, pero la Central me ha ordenado que sigamos adelante. Sin duda huelen algo muy feo.

—Todo porque al muerto le faltaban los zapatos —comentó Ladd, poniéndose en pie. Rascóse la nuca, y agregó—: Le aseguro, inspector, que no sé por dónde empezar.

—Te daré una idea, muchacho —el tono de Ashley era condescendiente—. Frolich estuvo en la prisión de aquí, de Montgomery, hasta que fué juzgado y condenado a muerte. Fué ejecutado en la misma prisión. Creo que podrías llegarte allí y tratar de averiguar algo.

Ladd le dijo que así lo haría, y abandonó el despacho del inspector, lleno del humo procedente del puro de Ashley. Éste entornó los ojos pensativo, y murmuró:

—Condenadamente difícil hasta para Ladd.

Lo mismo que él, iba pensando Paul mientras descendía la escalera y salía a la calle. Llevaba cuatro años en la División del F. B. I.,

del Estado de Alabama, y tenía la intuición de que aquel caso le iba a proporcionar quebraderos de cabeza cuya existencia desconocía.

Su coche estaba aparcado a la puerta de Jefatura. Subió a él y cerró la portezuela, pero antes de poner el motor en marcha extrajo de los bolsillos un sobre que contenía algunos papeles relativos al muerto.

Tino Bolger debió de ser en vida un tipo sin preocupaciones. Lo único que llamó la atención de Ladd fué una pequeña libreta, donde aquél debía de apuntar los teléfonos de uso corriente, pero estaba llena de números correspondientes a mujeres, y Ladd se imaginó la clase de hembras que serían.

Sólo había un número perteneciente a un hombre, un tal Peter

Kingsiey, pero estaba medio borrado y era inútil tratar de leerlo.

«Peter Kingsiey —murmuró—. Luego veré la guía».

Puso el coche en marcha y se alejó de Jefatura. La mañana era agradable, y Paul condujo despacio a lo largo del Parque Municipal, camino de la prisión, que se alzaba a una milla de la ciudad, sobre la carretera de Atlanta.

Poco después estaba ante el edificio, y solicitó ver al director, siendo conducido inmediatamente a su despacho.

—Yo no estaba aquí cuando Frolich —dijo aquél—, pero recuerdo el caso. Hay alguien que puede informarle mejor que yo —abrió el dictáfono, y dijo—: Señorita Criss. Diga a Burton que venga.

Transcurrieron unos minutos antes de que el llamado hiciese acto de presencia. Ladd se asomó a la ventana del despacho y pudo ver el amplio, patio de la prisión, por el cual paseaban algunos reclusos.

Se estaba preguntando a cuántos de ellos habría metido allí el F. B. I., cuando Burton hizo acto de presencia.

Vestía el uniforme de guardián de prisioneros, que le quedaba un poco estrecho, y su rostro pregonaba al hombre decidido y eficaz. El director del establecimiento hizo las presentaciones, y dijo:

—Burton, el señor Ladd quiere saber algo acerca de Walter Frolich. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente, señor —replicó Burton, volviéndose hacia Paul—. Sólo estuvo aquí ocho días. La guerra era la guerra, y no se podía perder demasiado tiempo con gente como él. Sin embargo, debo decir que su comportamiento durante el tiempo que permaneció aquí fué correcto y ejemplar.

—¿Se mezcló con los demás presos? —preguntó Ladd, tras encender un cigarrillo.

—No —aseguró Burton—. Estuvo aislado en una celda.

—¿Solo?

—Sí, señor.

—Tengo entendido que con él apresaron a otro hombre llamado Lippe. ¿Estuvo aquí?

—Sí, pero no con Frolich, sino en otra celda.

—¿Tuvieron ocasión de verse?

—Creo que no; pero eso podrá decírselo Kingsley —miró al director, y agregó—: Estaba encargado entonces de la vigilancia de las celdas. Hasta creo que hizo cierta amistad con Frolich. Éste le regaló su reloj cuando tuvo la certeza de que iba a ser ajusticiado.

—¿Ha dicho Kingsley? —preguntó Ladd vivamente—. ¿Se refiere a Peter Kingsley?

—Sí —repuso Burton—. ¿Le conoce?

—Un poco —mintió Ladd.

Kingsley tomaba de pronto un interés inusitado para él. Había ido a la cárcel con la convicción de que no sacaría de ella nada en limpio, y he aquí que Burton acababa de darle un detalle tan significativo como que Peter Kingsley, el hombre cuyo teléfono figuraba en el libro de direcciones del forajido muerto en el cementerio de Marylebone, prestaba sus servicios en la prisión de Montgomery y había cuidado de Frolich durante el tiempo que el alemán estuvo preso.

El fino olfato de Paul Ladd comenzó a olfatear el principio de una pista, y preguntó:

—¿Pueden darme las señas y el teléfono de Kingsley?

—Claro que sí —repuso el director, avanzando hacia los ficheros —; pero no sé si lo encontrará. Se encuentra disfrutando un mes de permiso.

—¿Desde cuándo?

—Hace veinte días que lo pidió.

Ladd guardó silencio. ¿Era Kingsley uno de los violadores de la tumba de Frolich? Y si era así, ¿en cuál de los dos grupos se encontraría? ¿En el primero o con Bholer?

Paul pensó que más bien estaría en el primero, o sea, en el que había logrado apoderarse de los zapatos de Frolich.

No obstante, le dieron las señas de Kingsley. Ladd sacó el libro de notas de Tino Bolger, y comprobó que los teléfonos no concordaban.

—¿Están seguros de que es ése su número? —preguntó.

—Sí —replicó el director—. No puede haber confusión.

Aquello quería decir que Tino no llamaba a Kingsley a su casa, sino a otro sitio. ¿Por qué?

A cada paso se planteaba un interrogante, pero era preferible

esto a permanecer sumido en la oscuridad. De los problemas puede a veces salir la luz, pero donde no existen, nada se puede resolver.

Ahora tenía material para empezar a trabajar. Lo primero era conseguir una entrevista con Kingsley. Seguramente el guardián tendría mucho que decirle.

Detuvo el automóvil delante de la pensión donde residía aquél, y llamó a la puerta, que le abrió una señora de cierta edad, gruesa y despeinada.

—Perdone, señora —dijo Ladd—. Busco a míster Kingsley.

La «señora» rió tontamente, enviando al rostro de Ladd una vaharada de alcohol, que le hizo pensar que desayunaba con aguardiente.

—¿A Kingsley? Échele usted un galgo, joven. No tengo la menor idea de dónde puede estar. Se fué hace veinte días y...

—¿No dijo adónde iba?

—No. Desde que tiene dinero en abundancia se ha vuelto muy reservado. —Ladd tomó mentalmente nota de aquel detalle. La señora Pikss se detuvo un instante, y dijo—: Pase usted. Espere un momento.

Ladd penetró en un vestíbulo sucio y poco iluminado, y se preguntó por qué seguía viviendo Kingsley en aquella pocilga después de su cambio de suerte.

—¡Elsa! —bramó la Pikss, mirando hacia la parte alta de la escalera que arrancaba del vestíbulo.

—¡Ya voy! —replicó una desgarrada voz de mujer.

Paul miró hacia arriba. Vio abrirse la parte superior de una puerta, y una mujer de pelo platinado que le caía sobre los hombros, se acodó en la barandilla.

Iba excesivamente ligera de ropa, y Ladd apenas necesitó imaginarse nada que no viese. Hasta percibió en su rostro los surcos y huellas de la vida que llevaba.

—¿Qué quiere? —preguntó la rubia platino en tono desabrido—. ¿No puede una descansar siquiera?

—Este señor pregunta por Peter —repuso la señora Pikss, sin hacer caso de las lamentaciones de Elsa—. Le he dicho que no sé dónde estará, pero he pensado que tal vez tú...

—¿Por qué he de saberlo yo? —preguntó la rubia—. Y aunque lo supiese, ¿por qué tenía que decírselo?

—¿Es usted amiga suya? —preguntó Ladd.

—Sí —repuso la dueña de la pensión—. Y hace poco recibió una carta de Peter.

Ladd se propuso desde aquel instante saber dónde estaba Kingsley. La rubia fulminó a la otra mujer con la mirada, y dijo:

—Usted siempre tiene que fisgarlo todo. ¿Para qué quiere a Peter? —preguntó a Ladd.

Éste ensayó su mejor sonrisa.

—Soy amigo suyo —mintió—. Trabajo con él en la cárcel. Hace un mes rellenamos juntos un boleto de apuestas sobre las carreras de coches de Indianápolis, y ha sido premiado.

—Ese Peter es un tipo de suerte —dijo la señora Pikss—. Antes no tenía nunca un mal centavo, y ahora le llueve el dinero de todas partes.

—En seguida bajo —repuso la rubia.

El olor del dinero la hacía cambiar de frente. Ladd aprovechó la ocasión para preguntar a la Pikss:

—¿Es que ha ganado Peter alguna otra apuesta?

—No lo sé, pero desde hace un mes maneja más dinero que yo en toda mi vida. ¿Sabe lo que sospecho? Que no está en los Estados Unidos.

—¿Quiere decir que ha cruzado el mar?

—Eso mismo —replicó la dueña de la pensión—. Peter...

El taconeó de la rubia en la escalera de madera cortó lo que iba a decir.

Ladd miró a aquélla, y pudo comprobar que era alta y bien formada, aunque su rostro había perdido gran parte de su belleza. La mayor parte, a decir verdad. Se había echado sobre la combinación de nylon una bata de chillones colores que hacía resaltar más la casi blancura de su pelo.

Se encaró con Paul:

—Bueno. Enséñeme el boleto y le diré dónde está Kingsley.

—¿El boleto? Ya lo he cobrado —repuso Ladd—. La parte de Peter la tengo en el Banco. Son casi dos millones de dólares.

Elsa sonrió. Tenía los dientes blancos, fuertes y bien puestos.

—Yo se lo diré —repuso—. Tengo que escribirle.

Ladd perdió la sonrisa. Estaba visto que nunca le sacaría dónde estaba Kingsley.

—Nada de eso, preciosa —replicó, cambiando de tono—. Me lo vas a decir a mí. Y ahora mismo.

Elsa le miró un tanto asombrada, pero estaba acostumbrada a enfrentarse con situaciones que habrían abrumado a otras mujeres, y se repuso con rapidez.

—Eso es lo que tú crees —repuso con aplomo desafiante—. Pero...

—Echa una mirada a eso —le interrumpió Ladd. Los ojos de la muchacha se posaron en la mano derecha del agente, donde brillaba una placa que ella conocía bien, y una expresión de temor apareció en sus ojos.

—¿Qué? —preguntó Paul—. ¿Has cambiado de idea?

—¿Y si no se lo digo?

Elsa se resistía aún, pero Ladd sabía que acabaría por ceder. Se encogió de hombros.

—Entonces, ponte algo de ropa. Vas a venir conmigo. El inspector no tendrá tantos miramientos como yo.

—No tiene motivos para...

—Tú sabes que sí. Si no colaboras te van a poner una temporada donde no te dé el sol. Aunque sólo sea por la clase de vida que llevas. ¿Qué decides?

—Ustedes abusan hasta de las mujeres —masculló Elsa—. Bien. Kingsley está en La Habana. Hotel Negresco, habitación número treinta y cuatro. ¿Está satisfecho?

—Sí —repuso Ladd—. Lamento tener que haberte obligado, Elsa. Si quieres, te invitaré a un aperitivo.

—Tómeselo usted solo. Y ojalá le dé un dolor de barriga.

Elsa taconeó rápidamente escaleras arriba, perdiéndose de vista. Pikss se creyó en el caso de aclarar:

—Es una buena chica.

—Ya lo he notado —repuso Ladd, avanzando hacia la puerta—. No tiene más que un defecto. Sale demasiado de noche.

Estaba más que satisfecho del resultado de sus gestiones, pero se preguntaba una y otra vez a qué había ido Kingsley a La Habana.

Tenía la intuición de que aquel viaje guardaba alguna relación con el asunto de la violación de la sepultura de Frolich, que se iba enredando a cada paso que daba por el intrincado laberinto de su misterio.

—La mejor manera de averiguarlo es ir en busca de Kingsley —dijo el inspector, cuando le comunicó las noticias que llevaba. Tomó el teléfono, y dijo—. Fel. Quiero saber cuándo hay barco para La Habana desde Pensacola. Si tarda más de tres horas, reserva una plaza para el primero.

Ashley estaría todo lo gordo que quisiera, pero era evidente que los hilos que podía manejar desde el despacho los movía con rapidez, lo cual no dejaba de ser una virtud.

Diez minutos después llamó Fel y le dijo que el primer barco salía cinco horas más tarde.

—Ego quiere decir que tengo que ponerme inmediatamente en camino —dijo Ladd.

—Eres un chico inteligente —ironizó Ashley—. Te aseguro que harás carrera. Pasa por caja y pide quinientos dólares a cuenta. Interroga a Kingsley, y si notas algo sospechoso, tráetelo.

Ordenes en telegrama. Era su costumbre. Ladd salló del despacho sin despedirse ni esperar una despedida. Ashley quería hechos. Era lo que contaba para él, y por ellos valoraba la estima en que tenía a sus hombres.

Ladd pasó por la caja. Martin le entregó los quinientos dólares bajo recibo, y preguntó:

—¿De viaje?

—Sí. A La Habana.

—Os envidio. Me gustaría ir contigo.

—Y a mi quedarme en tu sitio —repuso Ladd.

Salió. El coche seguía fuera. Subió a él, y tras recoger un pequeño maletín con el equipaje, enfiló la carretera de Pensacola.

Conocía bien el pequeño puerto del golfo de Méjico. No prosperaba debido a la proximidad de Nueva Orleáns, pero su movimiento era bastante intenso.

El «Alondra» cabeceaba en el puerto, pero aún faltaba una hora para la salida.

Ladd reclamó su billete en la ventanilla, y no tuvo dificultad para obtenerlo.

Una hora después el barco levaba anclas, y Paul se dispuso a pasar lo mejor posible la monótona travesía.

Cuando llegó a La Habana, buscó un taxi y se hizo conducir al Hotel Negresco, que resultó ser una pocilga parecida a la pensión de

la señora Pikss.

Sin embargo, el conserje hablaba inglés, y Ladd no encontró dificultades para conseguir la habitación número 36, frontera a la ocupada por Kingsley.

Era un cuartucho pequeño y destartado. Sus únicos muebles eran la cama, la mesilla de noche, un armario de desvencijada puerta y dos sillas que no ofrecían garantía alguna.

Tiró el maletín sobre la cama y se preguntó cuánto tiempo tendría que estar allí.

La ventana de la habitación daba a un patinillo estrecho y maloliente, separado de la calle por una tapia de ladrillos. Ladd tendióse sobre la cama, que rechinó bajo su peso, y encendió un cigarrillo, pero no tardó en comprender lo que le convenía hacer. ¿No había ido allí a entrevistarse con Kingsley? Pues lo mejor era poner manos a la obra.

Se puso la americana y salió al pasillo, mal iluminado por la luz que penetraba a través de una ventana situada en un extremo de aquél. Torció a la izquierda y se detuvo frente al número treinta y cuatro, llamando a la puerta con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca.

—¿Es usted, Kingsley?

—Si —repuso la misma voz, esta vez junto a la puerta.

—Abra. Quiero hablar con usted.

La puerta se abrió unas pulgadas, y por el hueco vio Ladd la cara ancha, y redonda de un hombre alto y fuerte. No era aquélla la idea que se había forjado de Kingsley a través de lo que le dijeran acerca de él.

—¿Qué quiere? —preguntó el otro.

—Ya se lo dije; hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué no me invita a pasar? —preguntó Ladd—. Le aseguro que le interesa.

El otro lo pensó unos segundos.

—Está bien. Pase —dijo, abriendo la puerta.

Ladd entró. Al pasar junto a Kingsley comprobó que era más fuerte de lo que había supuesto, y se dijo que iba a tener dificultades si aquél se empeñaba en no seguirle por las buenas.

Pero de repente dejó de pensar y parpadeó repetidas veces ante

lo que estaba viendo.

La estancia era parecida a la suya. Encima de la cama vio el cuerpo inmóvil de un hombre sin zapatos ni americana, y a otros dos que se movían en la mezquina habitación, en medio de un maremágnum de ropas y papeles tirados por el suelo.

Los cajones de la mesilla y del armario estaban abiertos y todo su contenido esparcido por el suelo.

Ladd reaccionó con rapidez. Dio media vuelta sobre sí mismo y fué a preguntar algo, pero en lugar de hacerlo se limitó a levantar el brazo derecho con la mayor rapidez, para eludir el golpe que se le venía encima.

Sin embargo, no lo consiguió. La culata de la pistola que empuñaba por el cañón el gordo que le había franqueado la entrada, chocó sobre su cabeza, haciéndole ver miles de estrellas de cien colores distintos.

Sus rodillas se doblaron, y empezó a caer lentamente, haciendo enormes esfuerzos por sobreponerse al efecto del golpe.

—Dale otra vez, Bholer —dijo uno de los otros.

—Ya tiene bastante —replicó éste.

Ahora ya sabía quién era Bholer. Sabía también que el hombre que estaba inmóvil sobre la cama era Kingsley, y que, sin duda alguna, tenía relación con la violación de la tumba del pretendido George Linden, pero antes de caer de bruces al suelo se preguntó si podría utilizar alguna vez lo que acababa de averiguar.

III



L dolor le martillaba las sienes y ponía sonido de clarines en sus oídos. Tenía la sensación de que su cabeza iba a estallar en mil pedazos, pero fué precisamente el dolor lo que le hizo volver en sí.

Paul sentóse en el suelo y se cogió la cabeza con ambas manos, lanzando un gemido, pero no tardó en recordar lo sucedido, y se puso en pie tan rápidamente, que las náuseas estuvieron a punto de vencerle de nuevo.

Se apoyó en la pared. La quietud en la estancia era completa. No había nadie en ella más que el muerto y él, y aquél seguía sobre la cama, inmóvil.

Paul acercóse a él tambaleándose, con una mano puesta sobre la frente, y le echó un vistazo.

No había sangre en la almohada ni en la cama, y se preguntó por qué procedimientos lo habían eliminado.

«¿Por qué no me han matado a mí también?», se preguntó.

Era casi milagroso que siguiese viviendo, pero allí estaba, y comenzó una Inspección ocular de la habitación, comprobando que no había quedado un solo papel, rincón ni prenda de ropa por registrar.

¿Qué buscaban aquellos hombres?

Era tan ridículamente sencillo, que a pesar de su estado encontró inmediatamente respuesta a su pregunta.

Bholer había, matado a un hombre para apoderarse de lo que éste sacó de la tumba de Frolich.

Y si aquel hombre era Peter Kingsley, como todo parecía demostrar, ello quería decir que el primer violador de la tumba había sido el guardián.

Probablemente, Frolich le comunicó su secreto durante las largas y tediosas horas en que hubieron de convivir, uno como prisionero, el otro como su guardián.

Pero ¿de qué se trataba? ¿Era tan importante que justificase la muerte de un hombre?

Se estaba haciendo estas preguntas, cuando comprobó que la puerta se movía, abriéndose lentamente.

Paul corrió hasta situarse detrás de ella, y sacó la pistola de la funda sobaquera, dispuesto a no dejarse sorprender de nuevo.

La puerta siguió abriéndose. Una mano fina y delgada apareció sobre el borde, y luego la persona que la empujaba penetró en la estancia.

Era una mujer. Paul pudo distinguir su silueta y el olor fino y penetrante que exhalaba de su persona.

Una vez dentro cerró la puerta, sin volver la cabeza. Era morena, alta y bien formada. Paul se pegó a la pared en silencio, observando las reacciones de la recién llegada, que no tardaron en suceder.

Una exclamación de sorpresa surgió en sus labios al ver el cuerpo tendido sobre la cama, y se volvió con rapidez, encontrándose con Ladd, que le cerraba el paso pistola en mano.

La muchacha le miró con ojos desorbitados por el terror. Llevóse una mano a la garganta y trago saliva. Luego preguntó con voz ronca:

—¿Quién es usted? ¿Lo mató...?

Paul denegó con la cabeza.

Ella era muy bonita. Llevaba el pelo muy recortado, y esto hacía aparecer más grandes sus ojos, rasgados y expresivos. Su mandíbula terminaba en una barbilla redonda y suave, pero avanzada, que expresaba la resolución de su poseedora.

Llevaba largos pendientes en las orejas, y esto, unido al color del pelo, a sus ojos y a su boca, de labios regulares y atrayentes, juntamente con su acento, la denunciaba como mejicana o española.

—Eso pregunto yo —dijo Paul—. ¿Quién es usted? ¿Vino en busca de Kingsley?

—Sí... Me llamo... —la muchacha avanzó la barbilla y cambió de tono—. No sé por qué he de decírselo a usted. Probablemente mató a... —señaló hacia la cama.

—Ya le dije que no. Lo encontré muerto. ¿Conoce a Kingsley?

—Sí.

—¿Es ese hombre?

—No —aseguró la muchacha.

Paul frunció el ceño. ¿Qué nuevo lío era aquél? Estaban en la habitación de Kingsley, y el hombre que yacía sobre la cama no era él. ¿Dónde estaba, entonces?

—¿Está segura?

—Claro —repuso la muchacha—. Hizo un trabajo para mí y vine a...; ya le he dicho que no sé por qué tengo que decirle nada —agregó—. Déjeme salir.

—Vamos por partes —replicó Paul—. Yo también vine a ver a Kingsley. Había aquí varios hombres, y uno de ellos me golpeó, dejándome sin sentido. Acababa de reaccionar cuando llegó usted.

La muchacha le miró con la boca abierta, incrédula. Paul sonrió.

—Aún tengo un chichón en la cabeza —dijo—. ¿Quiere tocarlo?

—¿Qué quería usted de Kingsley? —preguntó la mujer.

—No pienso decírselo. Aunque me parece —agregó Paul, mirándola inquisitivamente— que buscaba lo mismo que usted.

—Usted no puede saber...

—¿No? Veamos. Kingsley se comprometió a entregarme algo que sacó de una tumba, —vio palidecer a la muchacha, y agregó sonriente—: Ve cómo los dos vamos detrás de lo mismo.

—Pero eso me pertenece a mí. A mí —dijo fieramente ella, golpeándose el pecho. Y no consentiré que nadie me lo robe.

Paul estuvo tentado de preguntarla de qué se trataba, pero no lo hizo, porque la pregunta demostraría su ignorancia. Fue a decir algo, pero ella se le anticipó:

—¿Qué interés tiene usted en ello? ¿Para quién trabaja?

—Por mi cuenta. Única y exclusivamente por mi cuenta —repuso Paul—. Vámonos de aquí. Usted y yo tenemos mucho que hablar... Quizá lleguemos a un acuerdo.

—¿Conocía al hombre que le golpeó?

—No —repuso Paul—; pero oí su nombre. Bholer. ¿Le dice algo?

—No —aseguró la muchacha—. ¿Cree usted que buscaba...?

—Estoy seguro de ello, pero no le explicaré aquí las razones que tengo para asegurarlo. Vámonos de aquí —agregó Paul—. Puede venir alguien.

Se quedó sorprendido al ver que ella obedecía mansamente, saliendo al pasillo. ¿Acaso tenía algo que temer si aparecía aquel cadáver?

El asunto se embrollaba cada vez más. Había empezado por la violación de una tumba donde estaba enterrado un hombre con nombre supuesto. Ahora había dos cadáveres, el guardián de una prisión que nadie sabía dónde se ocultaba, y una bonita mujer morena que le gustaba más cuanto más la miraba.

Paul guardó la pistola. Sabía que la muchacha estaba atada a él por el interés y la curiosidad de saber qué papel representaba en el asunto, y él, a su vez, suponía que iba a enterarse por boca de ella de algunas cosas que aclarasen las tinieblas en que se movía.

La muchacha puso el pie en la escalera, dispuesta a ganar el vestíbulo, cuando oyeron abajo el confuso rumor de pasos. Paul se asomó a la barandilla, y lo que vio le cortó la respiración.

Tres policías de uniforme ascendían la escalera con rapidez, seguidos por el dueño del hotel y dos hombres más.

—Venga conmigo. ¡Pronto! —conminó.

Ella retrocedió rápidamente, y Ladd dedujo de su movimiento que no tenía el menor interés en ser interrogada por la Policía.

Paul la cogió de la mano sin que ella opusiese resistencia, y ambos corrieron pasillo adelante hasta llegar a la habitación del agente, que metió la llave en la cerradura.

—Entre —apremió.

La muchacha obedeció, y Paul lo hizo tras ella, cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas.

—De buena nos hemos librado —sonrió.

La desconocida le miraba severamente.

—¿Niega aún que usted mató a aquel hombre? —preguntó.

—Desde luego. No sea tonta. ¿Por qué iba a matarlo? Yo creía que era Kingsley, y éste debía de entregarme algo de gran interés para mí.

—¿Cuánto pagó por ese algo?

—Dos mil —repuso Ladd, pensando que aquello no le comprometía a nada.

La muchacha frunció el ceño. Del cuarto de al lado llegaba hasta ellos un rumor de voces. Paul la hizo una señal para que guardase silencio, y se acercó al delgado tabique, pegando el oído a él.

—La denuncia era cierta —decía uno de los que estaban en la estancia contigua— pero el pájaro ha huido. ¿Quién ocupaba esta habitación?

—Un tal Peter Kingsley... Llegó hace dos días de los Estados Unidos —repuso otra voz, evidentemente la del dueño del hotel.

—¿Ha preguntado alguien por él?

—Una señorita. Hace cosa de media hora.

—Debe de llevar más tiempo muerto.

—¿Dónde estará esa mujer?

—No sé —repuso el posadero—. No la he visto salir.

—¿Quién ocupa los cuartos inmediatos?

—Uno está vacío. El otro está ocupado por un americano que llegó hace tres o cuatro horas.

—Vamos a interrogarle. Si ha permanecido en su habitación, tal vez haya oído algo.

Paul se apartó del tabique, regresando junto a la muchacha. Sus reflejos reaccionaban con rapidez, permitiéndole pensar intensamente.

No temía nada por él. Podía fingir que había estado durmiendo y en paz. Y en el peor de los casos, podía darse a conocer, pero le preocupaba la muchacha.

La Policía cubana podía someterla a un severo interrogatorio, y en este caso ella lo confesaría todo. Y no era esto lo peor, sino que

la arrancarían de su lado, con lo cual se quedaría, sin saber muchas cosas que le interesaba conocer.

—Van a venir aquí —masculló—. El dueño del hotel les ha dicho que usted preguntó por Kingsley. Está usted en un buen apuro.

—Pero... ese hombre no es Kingsley —insistió ella.

—Peor aún. En el mejor de los casos, la ocasionarán un sinfín de molestias.

Ella le contempló aterrada. Luego miró hacia la ventana y Paul vio claramente impreso en sus ojos el deseo de huir.

—Venga —decidió—. La ayudaré.

—¿Por qué? —preguntó ella, recelosa.

—Se lo diré más tarde.

La verdad era que ni él mismo sabía por qué intentaba arrancarla de las garras de la Policía, cubana, metiéndose así en un lío que tal vez no obtuviese la adecuada recompensa en lo que pudiese sonsacar a la chica.

Pero estaba decidido, y llegó en dos zancadas hasta la ventana, levantándola hasta el tope superior.

—Salga por aquí —dijo.

La muchacha vaciló. Paul tomó su maletín y lo arrojó al sucio y estrecho patinillo, pidiendo al Cielo que nadie estuviese asomado a él en aquel momento.

Una llamada resonó sobre la puerta, haciendo saltar a la mujer hacia la ventana.

—No tenga miedo. Es poca altura.

Ella pasó las piernas sobre el alféizar, y Paul la agarró de ambas manos, ayudándola a descolgarse a lo largo de la pared, mientras nuevos golpes sonaban sobre la puerta.

—¡Eh! ¿Es que no nos oye? —refunfuñó uno de los agentes.

—Tal vez no esté en la habitación —sugirió otro.

—Debe de estar. Me parece haber oído ruido.

—Yo no le he visto salir —replicó el hotelero.

Paul apoyó el pecho en el alféizar de la ventana y estiró los brazos hacia abajo.

—Suéltese —dijo—. No tenga miedo.

La muchacha obedeció, cayendo al suelo. Trastrabilló y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero logró recuperarlo apoyándose en la pared, y Paul no tardó en encontrarse a su lado.

—Ahora, corra —dijo— hacia aquella tapia.

El suelo del patinillo era de cemento, pero estaba lleno de inmundicias arrojadas desde las ventanas. Paul la tomó del brazo, sin que ella hiciese objeción alguna, y ambos corrieron hacia la baja tapia de ladrillo que les separaba de la calle.

Ladd se asomó por encima de ella, comprobando que daba a un callejón solitario, y sonrió.

—Adelante —dijo—. Todo va bien.

Trepó a la tapia, ayudó a subir a ella a la muchacha, y luego la hizo saltar al otro lado, siguiendo el rumbo de su maletín. Luego saltó a su vez, y se alejaron de aquéllos; parajes.

—No corra ahora —dijo él—. Ya no pueden alcanzarnos.

La muchacha comenzó a tranquilizarse. De un suave movimiento se deshizo de la mano de Paul, que aún apretaba su brazo, y preguntó:

—¿Por qué hace esto por mí?

—Es justo que la ayude, puesto que los dos vamos detrás de lo mismo. Quiero intentar llegar a un acuerdo con usted.

—No puede haber acuerdo. El dinero es mío. Mío solo.

Se trataba de dinero, Algo era algo, y parecía ser que iba a quedar justificada su acción de ayudar a la muchacha.

—Ya hablaremos de eso —dijo—. ¿Vive usted aquí?

—Sí. En el Hotel Caribe. Vine ayer.

—¿Podemos ir allí?

—Desde luego, pero le anticipo que es inútil que intente convencerme.

—¿De dónde ha venido usted?

—De Nueva Orleáns.

—¿De...? —Paul se atragantó al oírla—. Cada vez lo entiendo menos. ¿La hizo venir Kingsley aquí?

—Naturalmente.

—¿Por qué? Él vive en Montgomery...

—Me dijo en su carta que... Oiga, ¿por qué no tomamos un taxi? El Hotel Caribe está lejos de aquí.

—Es una buena idea. No diga una sola palabra mientras vamos en el taxi.

Paul detuvo a uno que pasó en aquel momento, y los dos penetraron en él, instalándose en el asiento posterior. Ella dio al

conductor la dirección del hotel en correcto español, y Paul la miró intrigado.

La muchacha tenía personalidad. No era una mujer vulgar, y debía de estar muy segura de sí misma.

Hicieron el recorrido en silencio, y una vez ante el hotel, Paul pagó el importe de la carrera y se apearon del taxi.

El Hotel Caribe era mucho mejor que el Negresco, No de primera categoría, pero, al menos, estaba limpio y tenía servidumbre. El ascensor los dejó en la tercera planta, sin, que nadie se fijase en ellos, y poco después se encontraban en la habitación de la muchacha.

—Prepárese algo —dijo ella.

Dejó a Paul en el «*living*», enfrascado en la tarea de consumir un Martini, y desapareció en la estancia contigua, que era seguramente el dormitorio, pero regresó antes de que el agente hubiese conseguido poner en orden sus ideas.

Llevaba el mismo vestido que cuando entraron. Un precioso modelo blanco y negro, de falda corta, que dejaba ver sus lindas piernas, y Paul se preguntó qué habría estado haciendo en el dormitorio.

—Bien —dijo, sentándose frente a él—. Usted dirá. ¿Qué compró a Kingsley?

—Usted lo sabe mejor que yo, señorita... —esperó en vano que ella le dijese su nombre, y continuó—: No me explico lo que sucede. Si aquel hombre no era Kingsley...

—No era —repuso la muchacha—. Y usted no sabe una sola palabra de todo esto. ¿Quiere que le diga por qué lo he adivinado? Pues, sencillamente. Si usted entregó dos mil dólares a Kingsley, tuvo que verle. Y si no sabe que el muerto no es Kingsley es que no ha visto nunca a éste. Y si no lo ha visto, no ha podido darle los dos mil dólares. Sencillo, ¿no le parece?

Paul sonrió.

—Se pasa usted de lista, señorita —replicó—. Yo no dije que le haya dado el dinero a Kingsley, sino que se lo iba a dar. Me llamó por teléfono diciéndome que tenía lo que me interesaba, y que aquél era el precio, que debía llevarle al Hotel Negresco. ¿Cuánto le cobró a usted?

—Cinco mil; pero yo sí —la muchacha recalcó la afirmación—,

sí se los entregué.

—Por lo visto estaba decidido a sacar dinero de todos los sitios que pudiese —replicó Paul—. Bien. El caso es que usted y yo nos hemos quedado con dos palmos de narices. Se me ocurre... ¿No pudo enviar Kingsley a ese otro hombre a la cita que tenía concertada con... nosotros?

No podía hacer más que aquello. Dar palos de ciego hasta ver la luz. La muchacha asintió:

—Es posible —dijo.

—¿Ha oído hablar de Bholer? ¿No? Pues sé que también anda detrás de lo mismo. Estuvo en... Bueno, donde usted sabe. Excavó también en la tumba, pero se encontró con que los zapatos de Frolich habían volado. ¿Quién piensa que le dijo dónde estaba enterrado Frolich con el nombre de George Linden?

La muchacha tardó en contestar. Evidentemente estaba impresionada por las palabras del agente especial, y éste se alegró de haberse aventurado de aquella forma, porque probablemente ella le creía ahora más enterado de lo que lo estaba en realidad.

—Probablemente Kingsley, después de la visita que él mismo hizo a la tumba de Frolich —continuó Paul—. Eso quiere decir que es un maldito farsante, un vulgar estafador.

Ella guardó silencio, y Ladd agregó:

—Pero yo sé dónde encontrar a Kingsley. Y le juro a usted que me las pagará todas de una vez.

—¿Cómo sabe usted que Bholer visitó la tumba? —preguntó ella, al fin.

—Se lo oí decir antes de perder el sentido —mintió Paul.

—Si ese Bholer hubiese estado en tratos con Kingsley, no hubiese matado al otro creyéndole él —repuso ella.

Paul admiró su perspicacia.

—Supongamos que no le mató Bholer —repuso.

—Pero... ¿entonces? —La muchacha parpadeó, sorprendida.

—Verá, No sé si Bholer conoce a Kingsley o no. Cuánto acabo de decirle son sólo suposiciones; pero me pareció oírles preguntarse quién habría matado a aquel tipo que estaba encima de la cama. Me da la impresión de que esa habitación ha estado más concurrida que la Quinta Avenida.

Se hizo un silencio casi absoluto, roto sólo por el rumor del

tráfico que llegaba de la calle.

—Bien —dijo Paul, al fin—. ¿Qué somos? ¿Aliados o enemigos?

—¿Dijo usted que sabe dónde encontrar a Kingsley?

—Desde luego —repuso Paul, aunque maldito si tenía idea de dónde podía estar aquél.

Le dio la dirección de Kingsley, y ella replicó:

—Entonces somos aliados.

—Regresaremos a los Estados Unidos en el primer barco.

—De acuerdo. Voy a informarme de la hora de salida.

La muchacha descolgó el auricular del teléfono, y habló por él:

—¡Oiga!... ¡Oiga! ¿Me oye? ¡Oiga! —repitió, pulsando nerviosamente la palanca—. Debe de estar estropeado —dijo a Paul—. Voy a ver.

El agente se estiró en el sillón, admirando el leve movimiento de sus caderas al abandonar la estancia. Una vez en la puerta, ella se volvió.

—Vuelvo en seguida —dijo.

Paul encendió un cigarrillo y se dejó llevar por sus pensamientos, mientras contemplaba las volutas que se retorcían sobre su cabeza antes de diluirse en el aire.

Ahora estaba metido de lleno en el asunto. Se había ganado la confianza de aquella mujer, y sería cuestión, de paciencia saber lo demás.

Le pareció que alguien estaba junto a la puerta, y miró hacia ella; pero se había equivocado, al parecer.

¿Cuánto podía tardarse en ir al vestíbulo e informarse de la hora de salida del barco? Unos diez minutos.

Y hacía casi veinte que ella se había marchado. Paul sentóse en el sillón y frunció el ceño al ver correr la manecilla de su reloj.

¿Sería posible que le hubiese engañado?

Cinco minutos después, la muchacha no había hecho aún acto de presencia, y Ladd se puso en pie de pronto, encaminándose hacia la puerta.

Sin ella no había nada que justificase su estancia allí. Había sido un estúpido fiándose de sus palabras, pero ya no había remedio, y no cabía hacer otra cosa más que alejarse del hotel.

Corrió hacia la puerta; pero no había llegado junto a ella cuando el timbre resonó apremiante, y Paul se detuvo, mirando hacia

aquella con aprensión.

¿Quién sería? La muchacha, no, porque disponía de una llave.

Miró a su alrededor; pero antes de que pudiese buscar un medio de escapatoria, oyó rumor de voces al otro lado de la puerta y una llave giro en la cerradura.

Paul apretó los labios y su cerebro se convirtió en un volcán en ebullición al ver aparecer en el hueco a dos hombres, detrás de los cuales percibió el rojo uniforme de un botones del hotel.

—¿Paul Ladd? —preguntó uno de ellos.

El agente afirmó con la cabeza, y el otro dijo:

—Queda usted detenido. Le advierto que no le conviene hacer resistencia.

—¿Por qué me detienen?

—Ya lo verá usted; pero sí puedo adelantarle que los cargos que pesan sobre usted son muy graves. ¡Asesinato!

—¿Quién les dijo que estaba aquí?

—Nos dieron el informe por teléfono, hace unos minutos.

La muchacha no se había limitado a huir de él, sino que descubrió la manera de anularle en la carrera hacia el dinero, o al menos así lo creía.

—Fué una mujer, ¿verdad? —preguntó.

—No. Era voz de hombre.

La noticia le dejó perplejo, y se alegró de que no hubiese sido ella la que le ponía en manos de la Policía cubana.

—Bien —dijo uno de aquellos hombres—. Adelante las manos.

—¿Van a esposarme? —preguntó Ladd.

Los dos agentes se miraron.

—Bueno. Si nos promete...

—Se lo prometo.

—Entonces, salga —advirtió uno de los policías—. Pero le advierto que si hace el menor movimiento sospechoso, disparemos contra usted.

—No cometí ese asesinato, y puedo probarlo —repuso Ladd.

Los tres abandonaron la estancia, y el botones cerró la puerta tras ellos, siguiéndoles escalera abajo.

Era inútil dar explicaciones a aquellas gentes. Paul lo comprendió así, y esperó a estar en la estación de policía para revelar su personalidad, que seguramente le abriría las puertas de la

libertad.

Al cruzar el vestíbulo, los dos agentes le aferraron de ambos brazos, de manera que ganaron la puerta sin llamar la atención.

Un coche negro esperaba fuera. No llevaba emblemas de ninguna clase, pero Paul no conocía las costumbres cubanas y subió a él sin abrigar la menor sospecha.

—Adelante, Antonio —dijo uno de los hombres, tras instalarse en el asiento posterior.

El automóvil se puso en marcha.

—¿Puedo fumar? —preguntó Paul—. Gracias. Han sido ustedes muy amables no esposándome.

—No nos agradezca el cumplido —replicó uno de los agentes, y Paul creyó percibir en sus palabras un ligero toque de ironía.

El coche cruzó varias calles de La Habana, rebosantes de transeúntes y de ruido. Luego pasó a gran velocidad por delante del malecón, y tras dejar atrás el castillo del Morro, enfiló una carretera.

Paul vio desfilar hacia atrás los campos cultivados, en los cuales se alzaban algunos chalets de recreo, y comenzó a sentirse intrigado.

—¿Dónde me llevan? —preguntó.

—Al aeródromo —fué la respuesta—. Hay allí dos agentes norteamericanos, que se harán cargo de usted.

Paul revolvióse hacia el que había hablado:

—¡Mentira! —estalló—. Yo...

—¿Por qué sabe que es mentira? Desde luego, lo es; pero le aconsejo que no haga resistencia.

Dos pistolas se clavaron en los costados de Ladd, que comprendió tardíamente que había caído en una celada. De nuevo se llamó estúpido, y pensó que si seguía fiándose del primero que llegase, su vida sería corta.

¿Quiénes eran aquellos hombres?

Desde luego, había que reconocer su audacia al presentarse en el hotel haciéndose pasar por policías.

Debían de haber entrado en el Caribe, desplegando energía y autoridad para que nadie sospechase de ellos y hacerse conducir hasta la habitación de la muchacha sin encontrar impedimento alguno.

Y él había mordido el anzuelo, como los demás, convencido, tal vez por la presencia del botones, que dejaba entrever que aquellos falsos policías habrían mostrado sus documentos en la secretaría del hotel.

Fuera como fuese, le habían engañado otra vez en menos de una hora, y este pensamiento le sublevó de tal manera que arrojó el cigarro al suelo y lo pateó con furia.

—Entonces, ¿dónde me llevan? —preguntó otra vez.

—Cerca de aquí. Hay alguien que quiere saber algo acerca de usted. Por ejemplo: por qué tiene tanto interés por Kingsley.

IV



L automóvil tomó una curva, adentrándose por un camino estrecho, pero bien cuidado, y no tardó en penetrar en el jardín que rodeaba a una casa.

Cuando se detuvo ante la puerta, Paul fué obligado a apearse de él, y el agente miró a su alrededor, comprobando el estado de abandono del jardín. La fachada de la casa mostraba también las heridas de la incuria y el tiempo, y todas las ventanas estaban cerradas a cal y canto.

Sus captores le empujaron hacia la puerta, que se abrió en aquel momento, dejando ver el corpachón de un hombre, cuyo rostro recordaba a Paul algo que no acababa de precisar.

—Ya veo que le traéis —dijo—. Pase, amigo.

Fué su voz la que devolvió la memoria a Paul. Aquel hombre,

alto y grueso, era el mismo que le recibiera cuando llamó a la puerta del cuarto de Kingsley, en el hotel Negresco.

—Es la segunda vez que nos vemos hoy —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

El gordo se sobresaltó un tanto, e hizo una señal para que penetrase en la casa, reforzada con las pistolas que empuñaban los otros dos.

Paul vaciló un momento, pero estaba seguro de que, en caso de negarse, le harían entrar a la fuerza.

Por otra parte, notaba el contacto tranquilizador de su «Luger» en la pistolera del sobaco izquierdo, y se dijo que no dudaría en utilizarla en caso de necesidad si no le registraban antes y le despojaban de ella.

Pero, al parecer, nadie había pensado en tal cosa. El vestíbulo estaba iluminado artificialmente, a pesar de ser de día. Reinaba en él la suciedad, y aunque los escasos muebles estaban cubiertos por fundas blancas, se notaba sobre ellos una capa de polvo que pregonaba a las claras que aquel edificio llevaba mucho tiempo sin habitar.

¿Cómo se llamaba aquel hombre? ¡Ah, sí! Bholer. Procuró retenerlo en la memoria, aunque se prometió no pronunciarlo allí porque podría resultar sumamente peligroso.

Bholer se encaró con él, agresivo:

—¿Para qué buscaba a Kingsley? —le preguntó, de sopetón.

—¿Por qué no me preguntó entonces, en lugar de golpearme? Aún me duele la cabeza.

Bholer se impacientó. Detrás de Paul, uno de sus secuaces le metió a éste la pistola en los riñones.

—¡Vamos! Conteste a mi pregunta.

—Ustedes son americanos, ¿verdad? Pero no viven aquí han ocupado esta casa sólo para traerme a ella.

—¡Vaya! No es tan tonto como creíamos —repuso, irónicamente, Bholer—. Hemos forzado la cerradura. La casa está deshabitada. Y ahora contesta de una vez o...

—Bueno. No hace falta que se altere —replicó Paul, fingiendo una tranquilidad que estaba lejos de sentir—. Me enteré de que Peter —llamó a Kingsley con su nombre, para dar la sensación de familiaridad— estaba en La Habana, y pensé ir a verle. ¡Vaya

recibimiento que me hizo usted!

—¿Vió el cuerpo de Kingsley sobre la cama?

—Claro que lo vi. Pero no era Kingsley —repuso Paul—. ¿Quién lo mató?

—No lo sé —replicó Bholer—. Estaba muerto cuando nosotros llegamos. ¿Está seguro de que no era Kingsley?

—Segurísimo. Conozco bien a Peter.

Paul iba tomando confianza a medida que hablaba.

—¿Conocía al muerto?

—No. Oiga, ¿qué fué a hacer aquel hombre a la habitación de Kingsley? ¿O es que tomó el cuarto dando el nombre de Peter?

—Me gustaría saberlo tanto como a usted —replicó Bholer, de mal humor.

—Pero ¡maldita sea! —estalló uno de los forajidos—. ¿Es que te vas a creer esa sarta de mentiras? Seguramente está en combinación con ese bandido.

—¿En combinación para qué? —preguntó, inocentemente, Paul.

—Calma —aconsejó Bholer—. Esa idea tuya es buena, Anthony. Tal vez debamos aprovecharla. ¿Tiene idea de dónde está Kingsley?

—Ahora, ni la menor.

—Vamos a tratar de devolverle la memoria —dijo Bholer—. ¿Dónde vive en Montgomery?

—¿Quién? ¿Yo?

—No. El.

Paul le dio las señas de Kingsley, que el otro anotó, sonriendo.

—Así que insiste usted en que no sabe nada de nada. Bien. Entonces, ¿por qué huyó con la chica?

—Con la chica... ¡Ah, sí! Pues veré. Fué algo raro. La ayudé a huir de la Policía y...

—¿Sin conocerla? A otro perro con ese hueso, amigo. Vamos —el tono de Bholer se tornó duro—. ¿Qué quería usted de Kingsley? ¿Por qué se largó con la muchacha?

—¿Nos siguieron ustedes?

—Sí. Desembuche de una vez. ¿Sabe dónde está el plano?

De manera que había un plano. Seguramente era lo que buscaban todos. Debía de estar en un zapato del muerto, y era la causa de aquel enredo, en el cual se encontraba metido de lleno.

—No sé de qué me está hablando —masculló Paul.

Bholer estiró el brazo de pronto, sorprendiéndole desprevenido, y su puño, tan duro y grande como una maza, alcanzó a Ladd en la mejilla derecha, lanzándole hacia atrás con la fuerza de una catapulta.

Por fortuna, quedó sentado en un sofá, del cual se desprendió una nube de polvo, que aumentó la negrura de la cortina que se interpuso entre Paul y el mundo.

El dolor le laceraba el rostro, y sintióse invadido por la furia. De buena gana habría sacado la pistola, para defenderse a tiro limpio de aquellas hienas cegadas por la ira; pero no lo hizo al pensar que no tenía la menor probabilidad de éxito, y, en cambio, podría echar a perder los triunfos que guardaba.

—Vamos. Conteste —dijo Bholer.

Paul se puso lentamente en pie.

—Le aseguro que le he dicho la verdad —replicó.

—Quiere más leña —dijo uno de los secuaces de Bholer.

—Pues la va a tener —masculló éste.

Esta vez su movimiento cogió a Paul prevenido. El agente ladeó la cabeza con la misma celeridad con que su enemigo estiró el brazo, y el puño de Bholer pasó junto a su oreja.

Paul respondió con una patada al bajo vientre, que hizo doblarse al gordo en dos, al mismo tiempo que lanzaba un gemido de dolor, y decidido a aprovechar la ocasión, le empujó violentamente contra sus secuaces, que ya tomaban posiciones para disparar sobre él.

El agente sacó la «Luger», pero no llegó a hacer uso de ella. Bholer tenía más resistencia de la que él calculaba, y de pronto clavó los pies en el suelo y se lanzó contra Paul con la cabeza adelantada y el cuerpo inclinado hacia adelante.

El golpe le alcanzó en un costado, lanzándole contra la pared del vestíbulo, y la pistola cayó al suelo. Bholer se inclinó a recogerla, al mismo tiempo que sus hombres se abalanzaban sobre Paul.

Uno de ellos le golpeó rudamente en la cabeza con la pistola, y Ladd se vio transportado de nuevo al mundo de la inconsciencia. El individuo fué a golpearle de nuevo, presa de la mayor excitación, pero la voz de trueno de Bholer le contuvo:

—¡Quieto, Blay!

El brazo se detuvo en el aire, y los dos rufianes se volvieron hacia él. Bholer les tendió la pistola.

—Una «Luger» —dijo.

—Bueno, ¿y qué? —masculló Anthony—. Tenemos que matarle.

—Guárdate bien de hacerlo —repuso el gordo—. Los federales utilizan la «Luger». Registradle.

Blay lo hizo así, vaciando los bolsillos de Paul. Y sacó, entre otras cosas, la placa de Paul, que tendió a Bholer.

—Tienes razón —dijo—. Pertenece al

F. B. I.

Los tres forajidos se miraron con aprensión. Si el Federal Bureau of Investigation había metido baza en el asunto, tendrían que trabajar con rapidez para ganarles la delantera.

—¿Cómo se habrán enterado? —preguntó Blay.

—Era fácil, después de que el imbécil de Bolger se dejó cazar en el cementerio —masculló Bholer—. Vámonos de aquí.

Tomada esta resolución, los tres hombres salieron de la casa. El automóvil esperaba fuera, y el conductor se levantó del escalón en que estaba sentado al verles aparecer.

Los cuatro se acomodaron en el coche, alejándose del edificio. Paul, por su parte, no tardó en recobrar el sentido, y aunque la cabeza le dolía furiosamente, se hizo cargo rápidamente de la situación.

Tambaleándose ligeramente, salió del jardín y avanzó hacia la carretera, situándose a la salida del camino. Poco después llegó un automóvil, y Paul le hizo una señal para que se detuviera.

El conductor le miró con curiosidad.

—¿Puede llevarme a La Habana? —preguntó Ladd—. Mi coche está averiado en ese camino.

—Suba —repuso aquél, en inglés.

El agente se acomodó junto al conductor. El Lincoln se deslizó hacia La Habana sin que apenas cambiasen algunas palabras. Paul iba sumido en sus meditaciones, decidido a abandonar la ciudad, aunque no sin antes realizar una pequeña gestión.

—¿Dónde le dejo? —preguntó su ocasional compañero de viaje.

—Aquí mismo —se apeó del coche, cerró la portezuela y agregó —: Muchas gracias.

Mientras el coche se alejaba, Paul miró a su alrededor. Sus conocimientos del español no eran muy grandes, pero estaba seguro de que le bastarían para conseguir su objeto. Además, casi todas las

telefonistas solían hablar inglés.

Penetró en una tienda de comestibles y pidió que le dejaran hablar por teléfono. El dueño, un hombre grueso, de grandes bigotes negros, sonrió complacido ante su chapurreado castellano.

—Por aquí, míster —dijo.

Cuando le dejó solo en la trastienda, Paul buscó el teléfono del hotel Caribe, y marcó el número. Le contestó una voz de mujer, y el agente le preguntó si hablaba inglés.

—Sí, señor —repuso la telefonista—. ¿Qué desea?

—Una amiga mía se hospeda en ese hotel —repuso Paul—. Se llama May Kleir, y creo que ocupa la habitación número 36, aunque no estoy seguro. ¿Quiere decirme si estoy en lo cierto? Tengo que enviarla unos libros.

La telefonista tardó unos segundos en responder.

—¿May Klein? No hay nadie en el hotel llamado así. La habitación treinta y seis está ocupada por la señorita Jenny Romara. Mejor dicho, estaba. Ha cancelado su compromiso hace un momento, por teléfono.

—¿Está segura? —preguntó Paul.

—Sí, señor. Tengo la lista de los huéspedes delante de los ojos.

Paul le dio las gracias; murmurando una excusa, y colgó el auricular.

—Jenny Romara —murmuró, al encontrarse de nuevo en la calle—. Jenny Romara, de Nueva Orleáns. Te buscaré, amiguita. Y te encontraré. Ya lo creo que te encontraré. Ese apellido no abunda mucho.

La cabeza le dolía aún, pero estaba de buen humor. Al menos tenía algo que ofrecer a Ashley, y se dijo que no había perdido el viaje.

De pronto, tuvo una idea, y llamó a un taxi.

—Al Hotel Caribe —dijo al conductor—. Cada minuto que gane habrá un dólar para usted.

—Prepare el bolsillo, míster —sonrió el taxista.

Paul se encogió dos o tres veces sobre sí mismo durante la carrera, pero el taxista sorteaba los obstáculos con gran habilidad, y no sufrieron el menor accidente, a pesar de la velocidad desarrollada por aquél.

Una generosa propina hizo acudir la sonrisa otra vez a los labios

del taxista, que preguntó:

—¿Se aloja aquí? ¿Puedo servirle en algo?

Paul caviló unos segundos:

—Tal vez sí —repuso—. Hay cinco dólares para usted si consigue enterarse dónde han llevado el equipaje de una señorita que se alojaba en este hotel. Se llama Jenny Romara.

El taxista comprendió perfectamente. Apeóse del vehículo, y repuso:

—Delo por hecho.

Se perdió de vista, y Ladd se retrepó en el asiento posterior del vehículo; pero apenas había encendido un cigarrillo, cuando regresó el taxista.

—Lo han llevado al muelle —dijo.

—¿Se enteró qué barco iba a tomar la señorita? —preguntó Paul.

—El «Alondra» —repuso el cubano—. Sale dentro de una hora para Pensacola.

De manera que la muchacha no volvía a Nueva Orleáns.

«¿Dónde irá? —se preguntó—. A Montgomery, seguro», se respondió a sí mismo.

—Lléveme al puerto —dijo al taxista.

—¿Quiere llegar pronto?

—No hay prisa ya.

El conductor comenzó a silbar una tonadilla, mientras conducía hacia el muelle, donde no tardaron en llegar.

Diez minutos después estaba enfrentado con un succulento plato combinado, en la barra de la cafetería del puerto, y poco antes de que el barco levase anclas se encontraba sobre cubierta, disimulando su presencia entre otros pasajeros.

Cinco minutos antes de la hora señalada para la salida del barco vio detenerse un coche al costado de aquél, y Jenny Romara se apeó de él.

Con una sonrisa de satisfacción, Paul la vio ascender por la pasarela y llegar a cubierta, entregando el boleto al marinero que acudió a atenderla.

Poco después, cuando aquél regresó a cubierta, Paul pudo enterarse del camarote que ocupaba Jenny. Era uno situado cuatro puertas más allá del suyo, en el mismo pasillo.

Paul se tendió en la litera y exhaló hacia el techo el humo del cigarrillo.

Bholer o la Romara, o tal vez los dos, con un poco de suerte, no tardarían en pagarle los golpes recibidos por su culpa.

Pero no habría sonreído con aquella tranquilidad si se hubiese dado cuenta de que estaba siendo observado a su vez por un hombre que le contemplaba con rostro ceñudo, mientras interrogaba al marinero.

El hombre le siguió con la mirada, procurando resguardarse detrás de un ventilador, y aún permaneció unos instantes en su puesto de observación cuando Ladd penetró en su camarote de cubierta.

El «Alondra» se alejaba del puerto con rapidez. La Habana era ya apenas visible en la lejanía, cuando Blay lanzó una interjección y se lanzó hacia los camarotes, recorriendo el pasillo con rapidez.

Al llegar ante el número 10 empujó la puerta y entró.

Una bocanada de calor le salió al encuentro, mezclado con el humo que llenaba la atmósfera del camarote. Había en él tres hombres, en mangas de camisa, jugando a las cartas, encima de una maleta puesta en pie entre las dos literas, y Anthony refunfuñó:

—Podías haber llamado, Blay.

—Ya lo haré otra vez para que no te asustes —repuso aquél, amoscado—. Bholer —dijo, encarándose con el gordo—, ese tipo del

F. B. I.,

está a bordo.

Bholer dejó las cartas sobre la mesa.

—¿Te refieres al del hotel? —preguntó.

—Al mismo. Creo que nos ha seguido hasta aquí.

Los cuatro hombres se miraron con aprensión, y Anthony expresó el sentir de todos ellos.

—Sí lo hubiésemos liquidado, no nos ocurriría ahora esto.

Bholer mordióse el labio inferior, pensativo.

—Escuchad, muchachos —dijo—. No sabemos hasta qué punto están enterados los federales de lo del dinero, de forma que es absurdo pensar en abandonar el negocio; pero os prometo una cosa. Si mañana no encontramos a Kingsley, daré por perdida la partida.

Blay refunfuñó algo por lo bajo. Era un tipo alto, delgado y

nervioso. Un manojo de actividad, y violencia, a quien no agradaban las situaciones intermedias.

—¿Por qué no lo inutilizamos? —preguntó—. Así tendríamos las manos libres durante algún tiempo.

—Creo que sería lo más indicado —apuntó Anthony—. Aquí, en el barco, podemos hacerlo impunemente. Una vez muerto él, nadie sospechará de nosotros.

—Por mi parte, estoy con vosotros —dijo Traube.

Los tres miraron a Bholer, desafiantes, como esperando su opinión. Reconocían que era el más listo de todos ellos, pero esperaban que no se atreviera a oponerse.

—Haced lo que queráis —repuso el gordo, al fin, con un encogimiento de hombros—, pero no contéis conmigo para eso. Una muerte es siempre una muerte, y mucho más castigada tratándose de un federal.

Blay sonrió:

—No te preocupes. Te dejaremos el terreno libre de estorbos.

La llegada de la noche sorprendió al «Alondra» en pleno océano, aproximadamente hacia la mitad del camino de Pensacola.

Paul había estado con los ojos bien abiertos durante toda la tarde, pero su vigilancia resultó infructuosa, porque Jenny Romara no salió de su camarote.

Por otra parte, Blay ejerció una discreta vigilancia sobre él, relevándose con Anthony y Traube, y mediada la noche, éste penetró en el camarote de Bholer, que parecía ser el centro de reunión de la cuadrilla.

—Está sobre cubierta. Creo que podíamos aprovechar la ocasión —dijo.

Anthony y Blay se pusieron en pie.

Bholer permaneció en el camarote, mientras sus compinches subían a cubierta. En el momento en que pisaban ésta, la sirena del «Alondra» sonó prolongadamente en el silencio de la noche, roto tan sólo por el runruneo de las máquinas del barco.

Unas pocas luces, distribuidas convenientemente, rompían las tinieblas. Algunos pasajeros gozaban de la caricia del aire, sentados en las hamacas o acodados sobre cubierta. A lo lejos se destacaban las luces de posición de otro barco que se acercaba en sentido opuesto.

—¿Dónde está? —preguntó Blay.

—Fue hacia popa —le informó Traube.

Los tres avanzaron hacia, aquel punto, comprobando con satisfacción que las luces eran allí más escasas.

Antes de llegar, Blay se pegó a la pared de los camarotes, y miró cuidadosamente, distinguiendo una forma humana apoyada en la barandilla.

—¿Es aquél? —preguntó.

Desde el punto en que se encontraban sólo era visible la espalda del hombre, pero ninguno de ellos estaba suficientemente familiarizado con él para saber si se trataba o no del agente del F. B. I.

—Iré a ver —dijo Traube—. A mí no me conoce. Si me vuelvo hacia vosotros y enciendo un cigarrillo, es que se trata de él.

Blay mostró su conformidad, y Traube salió a la luz, silbando despreocupadamente.

Mientras avanzaba hacia él, Paul separó los ojos de la estela de agua fosforescente que dejaba el «Alondra» detrás de sí, y miró a aquel desconocido, cuya descuidada actitud no le infundió sospechas.

—Buenas noches —dijo, cortésmente, Traube, en Inglés—. Se está bien aquí. ¿Es usted americano?

—Sí —replicó, brevemente, Paul.

No tenía deseo alguno de conversar. Estaba sumido en sus reflexiones y a punto de anudar algunos hilos dispersos del asunto que ocupaba sus pensamientos, y la presencia de aquel hombre le molestaba.

—Yo, también —repuso Traube.

Sacó un cigarrillo, y se volvió ligeramente. La llama de un encendedor fulguró un instante mientras encendía el cigarro, y luego exhaló una bocanada de humo.

Anthony y Blay observaban atentamente la escena.

—Es él —dijo aquél.

Traube intentó entablar conversación con Ladd, sin conseguirlo, y se apartó disimuladamente de su lado, continuando acodado en la borda, mientras miraba hacia atrás con el rabillo del ojo.

Ladd volvió a sumirse en sus pensamientos. Blay midió con los ojos la distancia que los separaba del agente. Eran apenas quince

yardas, y lo mejor sería salvarlas a la carrera para caer sobre el agente antes de que éste se percatase de sus intenciones.

Se lo dijo así a Anthony, que asintió con la cabeza, y Blay dijo:
—Prepárate... Ahora.

Los dos corrieron hacia Ladd, salvando en rápidas zancadas la corta distancia que les separaba de él.

V



AUL volvió la cabeza al oír el ruido de sus pasos, pero los dos hombres estaban materialmente encima.

Reconoció a Blay a la escasa luz que iluminaba el rostro del forajido, y un aviso de alarma surgió de su subconsciente.

Aquellos hombres querían su vida, seguramente habían cambiado de parecer después de lo sucedido en el chalet, pero no les iba a ser fácil tomarla.

Entonces agradeció la presencia de aquel molesto desconocido que continuaba acodado en la barandilla dos o tres yardas a su derecha, y se aprestó a la defensa, seguro de que aquél le prestaría

ayuda.

Rápidamente se llevó la mano derecha a la pistolera, aunque estaba casi seguro de que no tendría tiempo de sacar el arma, dada la proximidad de sus atacantes, y entrevió la silueta de Traube vuelta hacia él.

Tuvo que concentrar su atención en Blay y Anthony, y en aquel instante sintió que alguien le echaba las manos al cuello por detrás, impidiéndole lanzar el grito de alarma que tenía ya en la garganta.

Entonces lo comprendió todo. Paul pataleó furiosamente, alcanzando a Blay, pero Anthony consiguió sujetarle ambas brazos, al mismo tiempo que la presión de las manos de Traube se intensificaba por momentos, impidiéndole respirar.

Blay, a su vez, se aferró a sus piernas.

—¡Al agua! —exclamó.

Entre los tres hombres levantaron en vilo el cuerpo del agente y lo pasaron sobre la barandilla sin dificultad, soltándole en el vacío.

Ladd cayó pesadamente entre la blanca espuma levantada por la hélice del «Alondra», y los tres rufianes miraron hacia abajo.

Durante unos segundos las olas se entretuvieron en balancear el cuerpo de Paul, que, al fin, desapareció bajo las aguas.

Y el barco seguía navegando hacia la costa de los Estados Unidos, sin que nadie se hubiese percatado, al parecer, de lo sucedido.

—Listo —gruñó Blay—. A ver qué dice ahora ese imbécil de Bholer.

Los tres abandonaron la cubierta, dirigiéndose hacia el camarote, donde aquél esperaba su llegada con el temor en el corazón.

La sirena del buque volvió a rasgar los aires, avisando de su presencia al otro barco que se acercaba. Bholer alzó los ojos hacia sus compañeros, interrogándoles con la mirada, y Blay comentó:

—Ya no molestará más.

Bholer sonrió, a la vez que su pecho se expandía en amplio suspiro de alivio.

Por su parte, Ladd aspiró ruidosamente el aire fresco de la noche mientras caía, pero la conciencia del peligro no penetró en su cerebro hasta que el agua del mar caló sus ropas, advirtiéndole que la muerte se cernía sobre él.

Su cuerpo se hundió pesadamente en el océano, y el remolino levantado por la hélice le zarandeó durante unos segundos, pero la frialdad del agua acabó de reanimarle, y movió los brazos acompasadamente, zafándose de los remolinos.

Las ropas, empapadas, le pesaban como el plomo, así como los zapatos, y se despojó de la americana, nadando con más libertad.

Al mirar hacia adelante comprobó que el «Alondra» se alejaba de él, perdiéndose en la distancia, y se preguntó cuánto tiempo podría mantenerse a flote sobre las quietas aguas del Golfo.

La sirena del «Alondra» se dejó oír. Paul volvió a mirar hacia allí con la esperanza de que aquel nuevo toque fuese la señal de alarma, pero pronto comprendió que no era así, y volvió a invadirle el desaliento.

De pronto enderezó la cabeza al oír el rugido de una sirena que sonaba de distinta manera que la del «Alondra», y vio las luces del otro barco, que en aquel momento cruzaba con el que tan violentamente acababa de abandonar.

La esperanza de Paul renació de nuevo. Se despojó de los zapatos y procuró apartarse un poco de la ruta del buque que tan providencialmente acababa de hacer su aparición.

La proa de la nave avanzaba hacia él. La cubierta estaba bien iluminada, y poco después advirtió la presencia en ella de algunos pasajeros.

Las luces del «Alondra» eran apenas visibles. Paul nadó lentamente, y el rumor del agua al ser cortada por la proa de la nave no tardó en llegar a sus oídos.

Tenía que gritar. Gritar fuerte, para que le oyesen, porque si perdía aquella oportunidad podía despedirse del mundo de los vivos.

El navío estaba cerca. Era más alto de lo que le había parecido, y Paul volvió a sentir el temor de que sus voces no fuesen oídas.

Ya estaba allí. Lo tenía encima, balanceándose suavemente al impulso de la velocidad. Un momento más y...

—¡Auxilio! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Socorro!

El leve runruneo de las máquinas se le antojó un intenso rugido que ahogaba su llamada. Hizo bocina con la mano derecha, y volvió a gritar:

—¡Socorro! ¡Aquí, en el agua!

Estaba a punto de echarse a llorar emocionado, al comprobar que dos o tres figuras se inclinaban sobre cubierta cuando el barco pasaba a su altura, y volvió a gritar en demanda de auxilio.

El buque pasó fugazmente ante él, continuando su marcha, y Paul tragó saliva.

Siguió gritando hasta enronquecer pero la silueta del navío era cada vez menos visible, y las luces de cubierta más borrosas en la distancia.

Paul se mordió el labio inferior y nadó con todas sus fuerzas detrás del barco, tratando vanamente de alcanzarle. Se detuvo, agotado por el esfuerzo y en aquel momento se restregó los ojos para convencerse de que lo que estaba viendo era cierto.

El barco se había detenido doscientas yardas más allá. Por un momento Paul se creyó presa de una alucinación, pero no tardó en comprobar que estaba en lo cierto, y reanudó sus brazadas con más fuerza y esperanza.

Apenas había cubierto la mitad de la distancia que le separaba del navío, cuando una llamada resonó ante él.

—¡Eh! ¿Dónde está usted? —preguntó una bronca voz de hombre, surgiendo de la oscuridad.

—¡Aquí! —exclamó Paul.

Divisó una vaga silueta de la cual partió poco después un leve resplandor, que exploró las aguas en su busca.

Agitó un brazo en el aire, y la luz de la linterna cayó sobre él, deteniéndose.

—Allí está —gritó la voz de antes.

La silueta del bote y de los hombres que lo ocupaban era visible detrás del débil resplandor de la linterna.

Paul dio las últimas brazadas hacia ellos, y el que llevaba la linterna se arrodilló en el bote.

Tuvo que apagar la luz para extender los brazos hacia Paul, a la vez que le prodigaba palabras de ánimo, y aquél no tardó en encontrarse sentado detrás de los remeros.

—Listos —dijo el otro.

Diez minutos después, Paul cruzaba entre aquéllos, siguiendo al capitán del barco salvador, que resultó ser el «Orléans», de la matrícula de Pensacola.

El capitán le miró de arriba abajo cuando llegaron a su camarote, y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Cierre la puerta, por favor —repuso Paul.

El marino lo hizo así, intrigado, y el federal prosiguió:

—Me llamo Ladd y soy agente del

F. B. I.

Regresaba de La Habana en el «Alondra».

—¿Se cayó de él?

—Me arrojaron por la borda, que no es lo mismo.

—¿Quién? —preguntó.

—Unos hombres a quienes perseguía —dijo Paul, para no dar más explicaciones—. ¿Cuándo regresa a Pensacola?

—Mañana por la mañana.

—¿Puede hacerme un favor? No quisiera desembarcar en Cuba. Han sucedido cosas allí que me pueden crear algunas dificultades, y...

El marino le miró con desconfianza.

—¿Puede probar que es del

F. B. I.?

—preguntó.

—No —replicó Ladd—. Tuve que despojarme de la americana para nadar. Pero eso no es un obstáculo. Puede telegrafiar a mis jefes, en Montgomery. Inspector Ashley.

—Lo comprobaré. Mientras tanto, permanecerá usted en mi camarote.

—Me parece bien. Oiga, capitán. Iba a decirle que cuando compruebe mi personalidad, me permita permanecer a bordo hasta que su barco leve de nuevo anclas hacia Pensacola.

—Así lo haré, si en efecto es quien dice.

El capitán Johnson abandonó el camarote, pero no tardó en regresar con una sonrisa en los labios.

—Todo en orden. Ashley le envía sus saludos, aunque me temo que no sean muy cordiales.

Paul tragó saliva.

—No se preocupe por eso —dijo—. ¿Tiene algún camarote vacío?

—Desde luego. Le haré conducir a él y le proporcionaré alguna

ropa.

El resto de la noche durmió a pierna suelta, tras telegrafiar a Ashley, haciéndole un escueto relato de lo sucedido.

A la mañana siguiente el «Orleáns» partió para Pensacola, donde llegó bien entrada la noche. A pesar de ello, Ladd vio acercarse a él a Jim Doyle, que sonrió al verle descender la escalerilla.

—Ashley quiere verte, pequeño —dijo con ironía—. Tengo un coche ahí. ¿Qué tal por Cuba?

—Si algún día me pierdo no me busques allí —repuso Ladd—. ¿Cómo está el inspector?

Doyle puso el motor en marcha, y el automóvil se alejó del puerto, hacia Montgomery.

—Deseando verte —repuso Doyle cuando salieron de Pensacola—. Hemos trabajado de firme durante todo el día de hoy.

Cuando llegaron a Montgomery, Ladd estaba ya convencido de que sus compañeros no habían perdido el tiempo, haciendo un buen uso de los informes que les enviase por telégrafo.

Sin embargo, Ashley le miró con hosquedad desde el otro lado de la mesa de su despacho. Estaba rodeado de una nube de humo procedente del puro que fumaba, y agitó la mano en el aire para despejar la atmósfera cuando tuvo a Ladd ante él.

—Bueno —dijo—. Parece que te has portado como un bisoño. Dos golpes en la cabeza y un baño de impresión no son como para acreditarte. Cuéntame lo sucedido con toda clase de detalles.

Ladd tomó asiento y obedeció la orden del inspector. Llevaba puesto el traje de faena de un marinero, pero ni Ashley ni Doyle pensaron en burlarse de su aspecto.

Cuando terminó de hablar, el Inspector permaneció silencioso.

—Menos mal —dijo al fin—, creí que las cosas habían ido peor aún. De manera que el muerto no era Kingsley.

—No —repuso Ladd—. Ocupaba su habitación, pero no era él. La chica me lo dijo y Bholer me lo confirmó.

—A propósito de Bholer —repuso Ashley, sacando un sobre, y de él, una fotografía—. ¿Es ése?

—Sí —repuso Ladd, tras examinarla ligeramente—. Regresó en el «Alondras».

—Ya lo sabemos. Está bien vigilado, y no debes, preocuparte por él.

—¿Y Jenny Romara?

—Tampoco quisimos detenerla. Lo habríamos hecho si el muerto hubiese sido Kingsley, pero tengo la idea de que las cosas no iban a terminar con atrapar a Bholer y a la muchacha.

—Opino como usted —repuso Ladd—. ¿Dónde se aloja?

—En el Hotel Washington. ¿Estás seguro de que no mató a aquel hombre?

—Sí. A menos que hubiese estado antes en su habitación y volviese después, lo cual no me parece razonable.

—Entonces sería Bholer.

—También niega haberlo hecho. Claro que eso no quiere decir nada. Bien, inspector, ¿qué hacemos ahora?

—Tú, irte a descansar ahora mismo.

—No —protestó Ladd—. No estoy cansado. Puede disponer de mí en cuanto me haya cambiado de ropa. ¿Averiguaron algo acerca de Frolih?

—Desde luego —repuso Ashley—. Más de lo que esperábamos. Oye, Ladd. La Policía cubana cree que el muerto es Kingsley, y me ha prometido enviarnos el cadáver.

—¿Para qué lo quiere?

—Es muy sencillo. El director de la prisión le echará un vistazo y nos dirá con la mayor seguridad si es él o no.

—Es una buena idea. Inspector, ¿qué opina que había en los zapatos de Frolih?

—A juzgar por lo que sé y por lo que me figuro, algo que significaba mucho dinero. Y hasta creo saber de qué se trata. —Ladd le miró intrigado, y el inspector prosiguió—: ¿No te ha chocado ese apellido? Romara.

—Sí, pero...

—Doyle ha estado investigando acerca de él. Julio Romara era un hombre que trabajó durante la guerra para el Pentágono.

—¿Dónde?

—En Roma. Era italiano, pero su padre era americano. Cuando fué descubierto, Romara se apresuró a fugarse de Italia con la ayuda de dos guías austríacos. No ha vuelto a saberse más de él.

Ladd pensó intensamente, pero al fin se declaró vencido.

—No comprendo qué relación podía haber entre él y Frolich.

—Hans Frolich, por otro nombre Harold Klaus —continuó el

inspector—, era uno de los guías que le, sacaron de Italia para conducirlo a Francia. El otro se llamaba Otto Braun, y murió durante la guerra en un hospital de Baviera.

—Comprendo —murmuró Ladd—. Romara llevaba encima algo que tentó la codicia de los guías, ¿no es así?

—Estamos hablando en hipótesis —contestó el inspector—. Yo me imagino que le traicionaron. Probablemente terminaron con su vida o le dejaron abandonado a su suerte en las montañas.

Ladd afirmó con la cabeza.

—Parece ser que el horizonte se va despejando —murmuró—, pero ¿dónde está Kingsley?

—Daría mi paga de un año por saberlo —repuso el inspector—. Ahora voy a decirte la historia que he construido con los datos que tenemos. De una manera o de otra, Kingsley se enteró de que Frolich llevaba en uno de sus zapatos algo de gran valor. Posiblemente se lo dijo el mismo Frolich.

Ladd denegó con la cabeza.

—No lo creo —repuso—. Si quiso favorecer a Kingsley le hubiese entregado lo que llevaba en lugar de...

Ashley dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Premio! —masculló—. Veo que los golpes que has recibido no han disminuido la escasa capacidad que tenías para discurrir. Pero, entonces, ¿cómo se enteró Kingsley?

—Posiblemente por Walter Lippe. Me refiero al hombre que fué apresado con Frolich.

—Es posible que estés en lo cierto. Sea como sea, Kingsley lo sabía. Tal vez intentó excavar la tumba él solo. Seguramente lo hizo con ayuda de alguien, y entonces aparece la muchacha, Jenny Romara, que anda detrás de lo mismo que Bholer.

—Kingsley intentó venderle el secreto por cinco mil dólares.

—¿Llegó a pagarlo?

—Sólo la mitad. Estaba citada con él en el Hotel Negresco, de La Habana, para entregarle el resto a cambio de lo que le interesaba.

—Entonces mi razonamiento es exacto hasta ahora —dijo Ashley, satisfecho—. Sigamos. Kingsley no pensaba conformarse con los cinco mil dólares, y también vendió el secreto a Bholer, pero le engañó.

—Así debe ser. Y ahora tiene que andar escondido para que

Bholer no se cobre el engaño de que ha sido objeto.

—Poco más o menos es eso. Kingsley ha resultado demasiado listo para todos. Tal vez hasta para él mismo, pero siempre volvemos al punto de partida. ¿Qué había en los zapatos del muerto? ¿Quién es el hombre que estaba encima de la cama de la habitación del Hotel Negresco?

Ladd no podía responder a ninguna de las dos preguntas. Ashley se echó hacia atrás en el sillón.

—Creo que Jenny Romara podría contestar a ambas preguntas. Cámbiate de traje y ve a buscarla resolvió de pronto. —Doyle te acompañará.

Ladd se puso en pie sonriendo.

—Es la comisión más agradable que podía encargarme —repuso—. Ésa y atrapar a Bholer. Tengo que cobrarme una cuenta con él y sus hombres.

—Todo llegará, muchacho.

Dolye y Ladd abandonaron el despacho. El coche esperaba fuera, y ambos se acomodaron en él.

—¿Quieres que te lleve a tu casa a cambiarte de ropa? —preguntó aquél.

—¿Para qué? —repuso Ladd—. Voy bien así. Ya me cambiaré luego.

El Hotel Washington estaba emplazado en una céntrica vía de Montgomery, no lejos de Jefatura. Por otra parte, Doyle era un buen conductor, y no había demasiado tráfico a aquellas horas de la noche.

Quando detuvo el automóvil a la puerta del hotel, Paul preguntó:

—¿Quién vigila a la muchacha?

—Crober —repuso Doyle—. Le buscaremos.

El vestíbulo era pequeño, pero limpio y acogedor. Frente a la puerta estaba sentado un soñoliento vigilante nocturno, quien les informó que *miss* Romara había abandonado el hotel media hora antes.

—¿Sabe adónde fué? —preguntó Ladd.

El vigilante no tenía la menor idea, pero replicó:

—Tal vez Riley pueda decírselo. Es el botones —aclaró—. Fué a buscar un taxi para *miss* Romara.

Pulsó el timbre. Riley debía de estar dormido u ocupado en otros menesteres, pues tardó bastante en acudir a su llamada. Era un muchacho de quince años, avispado y despierto, que escuchó con atención la pregunta de Ladd.

—Yo fui a buscar el taxi —dijo—. Oí perfectamente la dirección que la señorita dio al conductor, pero no la recuerdo bien... Fué... —el muchacho caviló unos segundos—. Sí —agregó—. Grant Street. Eso es, me extrañó que una señorita como ella...

Ladd no le escuchaba. Se había vuelto hacia Doyle, preguntándole con gesto perplejo:

—En Grant Street vive Kingsley. ¿A qué habrá ido allí?

—No puedo suponerlo siquiera, y menos a estas horas —repuso Doyle—. ¿Quieres que nos lleguemos hasta allá?

—Iba a proponértelo yo.

Crober no apareció por parte alguna, y supusieron que había ido en pos de la muchacha, de forma que subieron al coche, y Doyle le hizo enfilar el morro hacia la calle donde estaba situada la pensión en que moraba Kingsley.

Las ruedas gimieron dolorosamente al tomar Doyle muy cerrada la curva que les situó en la calle Grant, y aquél detuvo el coche con un violento chirriar, de frenos en el punto que le indicó Ladd, a corta distancia de la pensión.

La calle estaba solitaria. No se veía un alma en ella, y los dos agentes, sentados en el asiento anterior del coche, se miraron.

—Nadie. ¿Dónde estará?

—En la pensión, tal vez —dijo Doyle.

—Vamos a verlo.

Se apearon del automóvil y avanzaron hacia la pensión, cruzando delante de un estrecho callejón sin iluminación de ninguna clase.

Ladd pulsó el timbre de la puerta, y la llamada resonó en las profundidades de la casa, pero como transcurrieran algunos minutos sin obtener respuesta, volvió a llamar, esta vez con más insistencia.

Su nuevo requerimiento fué también inútil. Dentro de la pensión no se notaba el menor síntoma de vida, y Ladd comenzó a sentirse intranquilo.

—Bueno —dijo Doyle—. Habrá que hacer algo.

—Vamos a llamar a Ashley.

El inspector estaba aún en su despacho cuando Ladd le telefoneó desde un bar inmediato. Su vozarrón hizo trepidar el auricular al contestar:

—Abrid la puerta como sea. Echadla abajo si es preciso, pero entrad en la pensión. Yo voy para allá.

Los dos agentes decidieron que lo mejor era esperarle. Lo que hubiese sucedido dentro de la pensión era ya inevitable.

El inspector llegó apenas diez minutos después, jadeando a impulsos de la impaciencia. En cuanto puso el pie en el suelo se encaró con sus hombres:

—¿Qué hacen ahí parados? —preguntó—. ¿No les dije que echasen la puerta abajo?

—Ahí está a puerta —repuso Doyle amoscado—. Adelante.

Ashley le fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Se volvió hacia el conductor del automóvil que le había llevado hasta allí, y dijo:

—Dame eso.

El conductor le alargó un paquete, que Ashley tomó airadamente, encaminándose hacia la pensión seguido por Ladd, que sabía lo que iba a suceder.

El inspector manejaba a la perfección aquel aparato de su invención para forzar toda clase de cerraduras, sin que se notase siquiera que alguien había hurgado en ellas.

Doyle y Ladd situaronse a su lado, y le vieron manipular unos instantes en la cerradura. Se oyó un clic metálico, y el inspector dijo satisfecho:

—Adelante.

Empujó la puerta. El vestíbulo estaba a oscuras, pero Ladd encendió un fósforo y accionó el conmutador de la luz.

Todo estaba en orden. Allí no sucedía nada anormal, al parecer. Los tres hombres se miraron perplejos, y Ashley dijo:

—Registrad la casa. Tiene que haber alguien.

En aquel momento llegó hasta ellos el rumor procedente de una de las habitaciones. Ladd se abalanzó hacia ella y abrió la puerta, dejando penetrar la luz del vestíbulo.

—Aquí, inspector —llamó.

La luz de la única bombilla que iluminaba la estancia les mostró un cuadro sorprendente.

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, la vieja señora Pikss les contemplaba con ojos enfurecidos. Tenía la boca tapada con un pañuelo que sujetaba dentro de ella otro trapo hecho una pelota, y estaba perfectamente atada con un par de sábanas.

Entre Doyle y Ladd la libertaron de sus ligaduras. La vieja apenas podía tenerse en pie, y la arrastraron hacia una silla. Ashley plantóse ante ella, interrogándola despiadadamente, sin hacer caso de sus lamentos:

—¿Qué ha sucedido, vieja? Vamos, hable pronto. ¿Quién la ha atado? ¿Kingsley?

—No. Hace mucho tiempo que no le veo —gimió la mujer—. Fueron otros hombres.

—¿Había entre ellos uno grueso y fuerte? —preguntó Ladd, presa de súbita inspiración.

—Sí, —repuso la señora Pikss—. Le llamaban Bholer o algo por el estilo. Se llevaron a la otra señorita.

—¿A quién? —tronó Ashley—. Ande —dijo más calmado—. Empiece por el principio, pero no se deje nada en el tintero.

La señora Pikss tomó aliento.

—Primero vino ella —dijo—. Me preguntó por Peter Kingsley, y le dije que hace un mes que no viene por aquí.

—Ya lo sabemos. Está con permiso —dijo Ashley—. Siga.

—Debe disfrutar un permiso muy largo —replicó la dueña de la pensión—. Se ha llevado las maletas, y ayer se marchó Eisa. Al parecer la llamó él.

—¿Quién es Eisa? —preguntó Ashley, cada vez más impaciente.

—La novia de Kingsley, por llamarla de alguna manera —repuso Ladd—. Así que se ha ido, ¿eh?

—Sí. Me dijo que Kingsley la había enviado dinero suficiente para que se comprara algunas ropas.

—¿Dónde tenía que encontrarse con él?

—No lo sé, pero Eisa me dijo que se marchaban a Europa.

—¿A Europa? —preguntó Ladd.

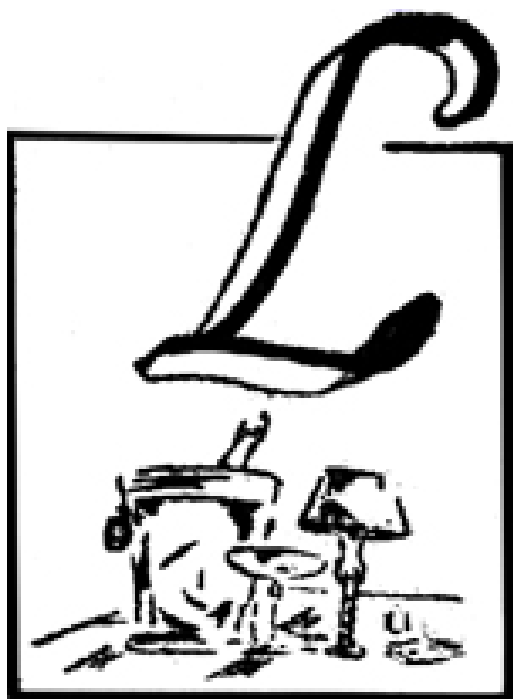
—Siga contándonos lo que sucedió aquí —dijo el inspector Doyle —ordenó inmediatamente—. Vaya a Jefatura Divulgue las señas personales de Kingsley y Eisa por toda la Nación. Que estén especialmente atentos los aeródromos y los puertos de la costa del Este. Vaya rápido.

Doyle no se hizo repetir la orden, y abandonó la pensión.

—¿Cree que llegaremos a tiempo? —preguntó Ladd.

—Supongo que sí. Tú estuviste aquí hace tres días, y Eisa no se había marchado. Un viaje a Europa no se prepara con tanta rapidez. Siga, abuela.

VI



A muchacha era bonita, pero ello no le daba derecho a hacer en la pensión lo que le viniese en gana.

—No. No puede ver usted la habitación que ocupó Kingsley — decidió la señora Pikss—. Está... alquilada. Eso es.

Era una mentira como una casa de grande. Desde que el día anterior se marchase Eisa, llamada por Peter Kingsley, la pensión estaba vacía, y sólo dos empleados de la fábrica del gas, que hacían turno de noche en su trabajo, dormían en ella durante el día.

Pero Jenny no se dio por vencida. Conocía el domicilio de Kingsley, por lo que Ladd le dijese en el hotel de La Habana, y había ido a él dispuesta a agotar hasta la última posibilidad de

encontrar lo que buscaba.

—Quizá esto le haga cambiar de parecer —dijo, sacando de su bolso un billete, que mostró a la Pikss.

La vieja alargó una mano semejante a una garra y se apoderó del billete.

—Así se convence a cualquiera —murmuró—. Venga conmigo.

La puerta de la habitación de Kingsley daba al mal iluminado vestíbulo de la pensión, y de junto a ella arrancaba la escalera que conducía al piso superior.

Bajo la mirada de la señora Pikss, que permanecía junto a la puerta, la muchacha abrió los cajones de la mesilla, del armario y de una mesa situada debajo de la ventana, pero Kingsley se lo había llevado todo, o alguien había completado su obra, pues no encontró ningún trozo de papel.

Tampoco lo esperaba, pero no por esto su desilusión fué menor. Volvióse hacia la vieja, y le preguntó:

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Kingsley?

—No lo repuso aquélla. —Cuando se marchó me aseguró que volvería pasado un mes, pero no creo que lo haga. Ayer llamó a su... novia por teléfono, y Elsa se marchó, llevándose las maletas de los dos.

—¿No le dijo dónde iba a encontrarse con él?

—No. Lo único que sé es que, al parecer, se marchaban a Europa.

—¿A Europa?

Jenny se sobresaltó. Al parecer, Kingsley había decidido jugar su última carta después de sacarle dinero a ella y a aquel tal Bholer. Había que reconocer que la jugada era maestra, y la muchacha se mordió el labio inferior, pensativa.

—¿Qué ocurre con Kingsley? —preguntó la señora Pikss, rompiendo el hilo de sus cavilaciones—. Todo el mundo se interesa por él desde que tiene dinero. Hace dos o tres días estuvo aquí otro hombre. Habló con Elsa, y cuando vio que no podía sacar nada de ella por las buenas, le mostró una insignia del

F. B. I.

—¿Del

F. B. I.?

—preguntó Jenny tragando saliva.

—Sí. Entonces Elsa le dijo que Kingsley la había escrito desde el Hotel No sé Cuántas, de La Habana.

Jenny entornó los ojos.

—¿Cómo era ese hombre?

—Alto, de pelo castaño peinado hacia atrás, de aspecto simpático. Pero luego resultó que era del

F. B. I.

Para la señora Pikss, el solo hecho de ser federal era un estigma que mataba toda idea de simpatía.

—¿Llevaba un traje de Gales en gris? —pregunta la muchacha, sintiendo que sus sospechas se acentuaban.

La respuesta fué afirmativa, y Jenny supo así que el

F. B. I.,

estaba sobre el asunto, y que el hombre a quien había burlado en La Habana era uno de sus agentes.

—Trataré de encontrar a ese hombre —murmuró—. Le pediré disculpas y les daré todos los datos que desconozcan.

Tomada esta resolución, fué a abandonar la pensión, pero en aquel momento el timbre de la puerta dejó oír su cristalino acento.

—Un momento —dijo la señora Pikss—. Puede ser algún huésped.

Se dirigió hacia la puerta, abriéndola unas pulgadas, y preguntó:

—¿Qué...?

No pudo continuar. La puerta acabó de abrirse con violencia, impulsada desde fuera, y cuatro hombres irrumpieron en el vestíbulo.

Al frente de todos ellos iba un individuo alto, fuerte y grueso, vestido con un traje azul marino y el sombrero ligeramente echado hacia atrás, que apartó violentamente a un lado a la señora Pikss.

La mujer les miró, temerosa. Bholer se encaró con ella, y amenazó:

—Si da un solo grito, la corto el cuello. ¿Estamos? ¿Cuál es la habitación de Kingsley?

—Aquélla —la dueña de la pensión señaló la puerta con un dedo tembloroso.

—Vigílala. Blay —masculló Bholer.

Seguido de los otros dos, penetró en el cuarto que había ocupado Kingsley. Pero apenas cruzó el umbral, se detuvo, mirando

a Jenny.

—¡Vaya! —murmuró—. Conque está usted aquí —vio los cajones abiertos, y agregó—: Por lo visto, ¡se nos ha adelantado! ¿Encontró algo?

Jenny se replegó sobre sí misma. No conocía a aquel hombre, pero instintivamente comprendió que era Bholer. Su aspecto era amenazador, y las caras de Traube y Anthony a su lado expresaban la resolución de llegar hasta el final.

—No vine a buscar nada —repuso la muchacha—. Sólo quería alquilar esta habitación.

—No me diga, preciosa, —sonrió Bholer—. ¿Cree que somos tontos? Usted ha venido a buscar lo mismo que yo, pero me parece que Kingsley ha resultado demasiado listo para nosotros.

Jenny comenzó a tranquilizarse. Hasta se atrevió a sonreír, pero no encontró eco en Bholer.

—¿Cuánto le sacó? —preguntó éste.

—Cinco mil —repuso Jenny—. Sólo le di tres mil y...

—La citó en La Habana para que le diese el resto, ¿no es así?

La muchacha afirmó con la cabeza.

—Ya —dijo Bholer—. ¿Sabe algo de ese hijo de... Satanás?

—Sólo lo que me ha dicho esa mujer. Parece ser que se dispone a ir a Europa.

Bholer lanzó un juramento.

—Oiga —dijo—. ¿Por qué se interesa usted por este asunto? ¿Cómo se puso en contacto con Kingsley? Jenny no contestó, y Bholer prosiguió con una sonrisa. —Verá, muchacha. Nosotros no queremos hacerle a usted ningún daño. Kingsley nos ha burlado a todos, y tal vez atando cabos podamos deducir la manera de recuperar nuestro dinero.

—El dinero del que pretenden apoderarse es mío: —replicó la muchacha.

—¿Suyo?

—Sí. Soy Jenny Romara. Mi padre...

Bholer lanzó un silbido.

—Entonces, ¿usted es la hija del tipo que asesinaron aquellos austríacos? Kingsley me contó toda la historia. Claro que es usted la dueña del dinero. Y ahora más que nunca le conviene aliarse con nosotros.

—No veo el motivo. ¿Saben que el
F. B. I.,
está detrás de la pista de Kingsley?

—Lo suponemos —replicó Bholer—. Pero los planes de los federales han sufrido un gran retraso debido a ciertas medidas tomadas por nosotros, ¿verdad, Anthony?

—Sí —replicó éste—. Y me parece, Bholer, que estás hablando demasiado. Éste no es el lugar más apropiado para perder el tiempo.

—Tienes razón. Echad un vistazo por ahí. No crea que encontremos nada, pero por si acaso... Usted. Venga conmigo.

Se llevó fuera a Jenny, mientras Traube y Anthony registraban de nuevo la habitación. Sin embargo, había poco que hacer en ella, y no tardaron en aparecer.

—Nada —dijo Traube.

—Me lo figuraba —repuso Bholer—. Vámonos.

Blay le miró con el ceño fruncido. Era el más violento de los cuatro y no le gustaba la manera de actuar de Bholer, aunque éste fuese el jefe.

—¿Vas a dejar aquí a la chica? —preguntó.

—Claro —repuso el gordo—. No creo que podamos sacar nada de ella.

—Yo la llevaría conmigo —dijo Blay—. Hay que interrogarla a fondo en algún sitio donde podamos hacerlo con tranquilidad. Tal vez la hagamos decirnos algo interesante.

—Como queráis —refunfuñó—, pero opino que es inútil.

—¡Al coche! —dijo Blay.

Jenny se replegó hacia la pared, mientras la señora Pikss contemplaba la escena, sin acabar de comprender lo que sucedía.

Bholer se encaró con la muchacha.

—¿Vendrá por su voluntad o prefiere que utilicemos la fuerza?

Ella no contestó, pero apretó los dientes con determinación. Estaba decidida a no salir de allí por las buenas, y miró a todas partes en busca de una salida.

La puerta abierta de una de las habitaciones de arriba, le brindó la solución, y de pronto saltó hacia la escalera, ascendiendo rápidamente por ella.

—¡Cuidado! —gritó Blay, al mismo tiempo.

Había observado su mirada de desesperación, y al adivinar sus intenciones, se lanzó hacia ella, al mismo tiempo que gritaba.

Jenny consiguió eludir sus garras, y llegó hasta la mitad de la escalera. Su intención era meterse en la habitación de arriba y cerrar la puerta por dentro; pero Traube y Anthony no estaban dispuestos a dejarla que consumase el hecho, y el primero pasó junto al burlado Blay, subiendo los escalones de cuatro en cuatro.

La muchacha se creía ya a salvo, cuando Traube la aferró por el vestido, tirando de él con fuerza.

—Ven aquí, fiero —murmuró.

Jenny se volvió con rapidez, enarbolando el bolso, que aplastó contra la cara de Traube. Éste lanzó un grito de dolor, pero no soltó su presa, y entre Anthony y él dominaron a la muchacha, arrastrándola hacia abajo.

—Debería matarla por esto —masculló Blay.

—Llevala al coche —ordenó Bholer.

La señora Pikss estaba acurrucada contra la pared, incapaz de hacer el menor movimiento a causa del terror que la embargaba. Traube y Anthony arrastraron a Jenny hacia la puerta; pero antes de llegar a ella, Blay exclamó:

—¡Esperad! Hay que amordazarla. Si se le ocurre gritar...

—Sería el último grito de su vida —masculló el irritado Traube.

—Mejor es impedir que grite —dijo Blay.

Tuvieron que sujetar a Jenny entre los cuatro para poder atarle un pañuelo alrededor de la cabeza, tapándole la boca. La muchacha se movía y revolvió como una fiera, mordiendo y pateando a todo el que se ponía a su alcance; pero al fin fué dominada.

—Sacadla ya.

Blay abrió la puerta, y sus compinches obligaron a Jenny a abandonar la pensión a la rastra.

El coche esperaba al borde de la acera, y mientras cruzaban ésta, Jenny tuvo la esperanza de que algún transeúnte se percatase de lo que estaba sucediendo; pero no fué así, y se vio arrojada al fondo del automóvil.

Traube y Anthony cayeron sobre ella, reduciéndola a la impotencia. Dentro de la casa, Bholer dijo:

—Vámonos ya. Hemos perdido mucho tiempo.

—Espera —masculló Blay.

Su voz contenía cierta dosis de irritación, como si le molestase pensar qué era él quien tenía que estar en todos los detalles, se encaró con la Pikss, y ordenó, al tiempo que la empujaba hacia la habitación de Kingsley:

—¡Pase ahí, vieja!

La mujer gimió, y Blay dijo, brutalmente:

—¡Cállate, lechuza! ¡No vamos a hacerte daño!

Entre él y Bholer la convirtieron en un paquete, valiéndose de las sábanas de la cama, y la arrojaron al suelo, donde la señora Pikss se arrastró como pudo hasta quedar apoyada en la pared, mientras los dos rufianes abandonaban la pensión.

Blay se puso al volante. Su rostro tenía una expresión sombría, que no agradó al propio Bholer, el cual, al acomodarse a su lado, pensó que no tardaría en tener que hacerle frente.

En el asiento posterior, Jenny, encajonada entre Anthony y Traube, sentía los violentos latidos del corazón.

Estaba en una ciudad desconocida para ella, y nadie sabía que se encontraba allí. Se hallaba a merced de aquellos hombres, y ahora no iba a ser como en La Habana, donde aquel otro la ayudó a huir de la Policía.

¿Qué habría sido de él? Si no estuviese en aquellas trágicas circunstancias, la muchacha habría sonreído al pensar en la facilidad con que le engañó; pero ahora necesitaba toda su concentración mental para pensar en la situación en que se encontraba.

Como adivinando sus pensamientos, Bholer se volvió hacia ella. El automóvil cruzaba por las calles menos iluminadas, y los ramalazos de luz que penetraban a intervalos en el interior del vehículo apenas les permitían verse los rostros.

—¿Quién es el tipo que la ayudó a huir de la Policía en La Habana? —le preguntó.

—No lo sé, realmente —repuso la muchacha, con voz serena—. Cuando entré en la habitación de Kingsley, me sorprendió. Estaba escondido detrás de la puerta, y creí que era él quien había matado al hombre que estaba sobre la cama.

—No. No fué él. —Bholer rió de buena gana—. El tipo aquél era ya fiambre cuando llegamos nosotros, pero tampoco nosotros le matamos. Entonces, ¿no sabe que ese hombre pertenece al

F. B. I.?

—¿Al

F. B. I.?

—El pasmo de Jenny fué tan bien fingido que ni siquiera el desconfiado Blay tuvo la menor duda de que la muchacha ignoraba la identidad de Paul Ladd.

—Sí —replicó Bholer—. Eso quiere decir que los federales están investigando el asunto. De manera que lo que más le conviene a usted es aliarse con nosotros para ganarles juntos la delantera.

Jenny no contestó, de momento. Estaba pensando intensamente para considerar desde todos sus ángulos la proposición de Bholer, y acabó rechazándola de plano; pero, sin embargo, le convenía ganar tiempo, y repuso:

—Sería inútil. Los del

F. B. I.,

nos detendrían antes de que podamos hacer nada útil. Aquel federal sabía muchas cosas. Por ejemplo: que usted excavó la tumba de Frolich.

—Es cierto —concedió el gordo— pero le aseguro que no nos ganarán la delantera. ¿Sabe por qué? Aquel que la ayudó en La Habana ya no podrá contar a nadie lo que sabe. Nosotros nos encargamos de darle un empujoncito desde cierta altura y dio la casualidad de que al caer no encontró tierra donde poner los pies.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jenny alarmada.

—Que cayó al mar. En pleno océano y de noche. A estas horas supongo que estará... —Blay le dio un codazo disimuladamente, y Bholer cambio de conversación—. Bueno, ¿qué contesta a mi oferta de paz?

Jenny sabía ya más de lo necesario acerca de la catadura moral de los hombres en cuyas garras se encontraba. Si habían asesinado a un federal, para quitar obstáculos de su camino, ¿qué no harían con ella?

—Creo que aceptaré —repuso lentamente—, pero ¿quién me asegura que tendré mi parte del dinero si llegamos a él?

—Yo —replicó dignamente Bholer—. Acelera, Blay. Debemos llegar pronto a casa.

—Estamos casi en ella —repuso el conductor.

En efecto. Unos minutos después, el coche penetraba en un

oscuro callejón de uno de los más humildes barrios de Montgomery, deteniéndose ante una casuca de humilde apariencia, cuya puerta era baja y estrecha.

Encima de ésta, un ventanuco dejaba ver brillar una luz a través de sus rendijas.

Bhaler abrió la puerta, que rechinó al ser empujada hacia adentro, y Jenny se vio arrastrada fuera del coche. Blay cerró las puertas de éste, y entró también en la casa.

Del estrecho pasillo arrancaba una escalera de crujientes peldaños, que gimió bajo el peso de los cinco, y Jenny Romara se preparó a lo peor, pensando en Paúl Ladd, el único hombre que podía ayudarla a salvar la situación en que se hallaba.

Pero Ladd estaba, al parecer, en el fondo del océano, y no debía esperar ayuda de nadie. De nadie más que de sí misma.

Y ¿qué podía hacer ella sola contra aquellos cuatro hombres desprovistos de escrúpulos?

Sin embargo, se hubiese sentido más tranquila de haber podido ver a los dos hombres que, desde la salida del callejón, vigilaban las profundidades de éste.

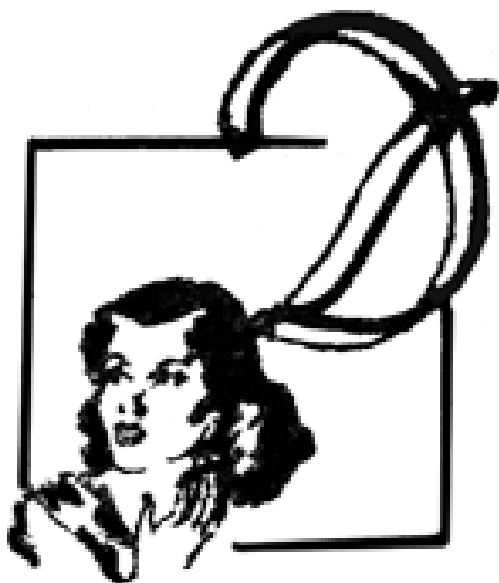
Apenas los forajidos penetraron en la casuca, uno de ellos se volvió hacia el otro:

—¿Quién va a avisar al inspector? —preguntó.

—Ve tú mismo. Yo vigilaré mientras tanto —repuso el segundo.

Aquél se apartó de su compañero y se predio en la oscuridad.

VII



ONALD Crober tenía

fama en el

F. B. I.

de no haber perdido nunca el rastro de ninguna de sus piezas.

Y si no habían podido engañarle ni burlarle los más astutos delincuentes, menos aún iba a hacerlo Jenny Romara, una pobre muchacha perdida en Montgomery, que, además, no tenía motivos para sospechar que estaba sujeta a la más cuidadosa y disimulada vigilancia.

Por eso salió del hotel y tomó un taxi, sin percatarse de que era seguida por otro ocupado por el agente del

F. B. I.,

encargado por Ashley de su vigilancia, desde el punto en que puso el pie fuera del barco que la había conducido desde La Habana a Pensacola.

Crober no tuvo dificultad en seguirla hasta la pensión de la señora Pikss, y como Jenny despidió el taxi, él hizo lo propio, hundiéndose en la penumbra del portal que se abría frente a la pensión, al otro lado de la calle.

Llevaría allí unos diez minutos, cuando un automóvil de gran tamaño, probablemente un Lincoln, se detuvo ante la puerta de la pensión, y cuatro hombres se apearon de él.

Crober frunció el ceño, y ya iba a dirigirse hacia el coche, cuando advirtió los furtivos movimientos de otro hombre que se acercaba a aquél, procurando no hacerse demasiado visible.

«Vaya —se dijo—. Esto es muy interesante».

El otro rodeó despacio el automóvil. Luego cruzó la calle, y Crober comprobó, alarmado, que se dirigía hacia él.

Se aplastó más aún contra el hueco del portal, pero no tardó en comprender que sus precauciones serían inútiles, porque, al parecer, el desconocido había elegido precisamente aquel sitio sólo Dios sabía con qué objeto.

De todas formas, Crober decidió no descuidarse, y empuñó la «Luger» con ánimo de tomar la iniciativa.

El otro se percató de su presencia cuando se encontraba a dos pasos de él.

Se detuvo un instante, sorprendido, y el momento fué aprovechado por Crober para salir de su escondite y clavarle la «Luger» en un costado.

—Es una pistola lo que tengo en la mano advirtió. —¿Por qué le interesa tanto ese coche?

Se quedó sorprendido al escuchar una corta carcajada por toda respuesta. Luego oyó la voz del recién llegado:

—¡Que me maten si no eres Ronald Crober! ¿Me equivoco?

Crober apartó la pistola.

—¡Farell! —dijo, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Ashley me ordenó seguir a los ocupantes de ese coche, ¿no lo recuerdas?

—Sí, pero no sabía que fueran ellos. La muchacha ésa, Jenny Romara, también está dentro.

Farell silbó por lo bajo.

—De lo poco que sé, deduzco que no lo va a pasar muy bien. ¿Qué hacemos?

Los dos agentes habían ido juntos a Pensacola, separándose en el puerto para esperar la llegada del «Alondra».

Luego, Farell se pegó a los talones de Bholer y sus hombres, y Crober se convirtió en la sombra de Jenny, para informar ambos de todos sus movimientos al inspector.

Ello les había permitido cambiar impresiones, y, aunque no estaban en el fondo del asunto, sabían de él lo bastante para inferir que Bholer habría experimentado una gran alegría al encontrar a la muchacha en la pensión.

—Pues... no lo sé —replicó Crober—. ¿Tú qué opinas?

—Yo creo que debemos echarle una mano —repuso Farell.

—Vamos allá, entonces.

Se disponían a cruzar la calle, cuando la puerta de la pensión se abrió, y Anthony y Truber arrastraron a la muchacha hacia el coche.

Los dos agentes se hundieron de nuevo en las profundidades del portal.

—Voy en busca de un taxi —gruñó Farrell.

—Podíamos echarles el alto.

—Creo que es más interesante seguirles. Siempre podremos actuar en favor de la chica si consideramos que puede haber peligro para ella.

Crober dio la razón a su compañero, y Farrell se desprendió del portal, mientras aquél continuaba en él sin perder de vista el coche de turismo.

¿Y si Farrell no llegaba a tiempo con el taxi?

Tal probabilidad le parecía imposible, pero no estaría de más tomar algunas precauciones, por lo que pudiese ocurrir, y Crober se deslizó hacia el extremo de la calle hacia el cual estaba apuntado el morro del automóvil.

Una vez allí, buscó indicios de su compañero, y no tardó en ver avanzar la negra mole de un coche con las luces apagadas.

—Farrell —llamó.

—Aquí, Crober —repuso aquél—. Deténgase —ordenó al conductor.

Éste lo hizo así, estacionando el taxi junto a la acera, y Crober se introdujo en él, sentándose junto a su compañero.

Ni una sola palabra se cruzó entre ellos hasta que el otro

vehículo apareció ante su vista.

—Ahí está —dijo Farrell.

El automóvil de los forajidos dobló en dirección opuesta a la en que ellos se encontraban, y Crober dijo al taxista:

—Sígale. No encienda los faros mientras sea posible.

—Pero... está ordenado que...

—No se preocupe. Nosotros respondemos por usted.

El taxi se puso en marcha. Su conductor se percató tal vez de la importancia de la misión que debían cumplir sus ocupantes, y consiguió situarse a cincuenta yardas del otro automóvil, conservándola a pesar de las dificultades del tráfico.

Por fortuna para ellos, Blay esquivaba las calles concurridas, y no fué demasiado difícil seguirles hasta la entrada de la callejuela.

—Siga —dijo Farrell.

—No hay salida por ese lado —repuso ti taxista—. Es un callejón.

—Entonces, deténgase.

Los dos agentes se apearon del vehículo, llegando ante la entrada del callejón, en cuyo fondo distinguieron el perfil del automóvil de los forajidos y el movimiento de gente a su alrededor.

—Hemos llegado —dijo Farrell—. Bueno. ¿Quién va a avisar al inspector?

—Ve tú mismo —repuso Crober—. Yo vigilaré mientras tanto.

Farrell se perdió de vista. Llegó junto al taxi y se metió en él, ordenando al conductor:

—Vámonos de aquí. Déjeme en el primer sitio donde pueda haber un teléfono.

Apenas unos minutos más tarde, el taxi se detenía frente a un bar, del cual se escapaba bastante luz. Farrell penetró en él, comprobando que sólo un par de clientes escuchaban las notas de la gramola automática, y se dirigió hacia la cabina telefónica.

Cerró la puerta a sus espaldas, introdujo una moneda en la ranura, y preguntó, tras marcar un número:

—¿Centralilla F? Ponme con el inspector Ashley. Soy Farrell.

—Ha salido —repuso otra voz al extremo del hilo. Dejó el encargo, si llamabas, de que te dijésemos que está en...

Farrell sonrió al oír las señas de la pensión de la señora Pikss. Estaba visto que Ashley no se dormía en su corpulencia, y mientras

el taxi le conducía de nuevo a aquel punto, encendió un cigarrillo, satisfecho.

Cuando se apeó ante la pensión, Ashley salía de ella, malhumorado, seguido de Ladd, pero cambió su expresión al ver a Farrell.

—¿Qué hay? —preguntó con avidez.

El agente le relató lo sucedido, y la cara del Inspector relució como la luna llena.

—¡Magnífico, muchacho! —estalló en un raptó de alegría raro en él—. Vamos allá.

Farrell despidió al taxi y se acomodó junto al inspector, mientras Ladd lo hacía junto al conductor.

—¿Dices que son cuatro? —preguntó Ashley—. Entonces estamos bien. No habrá necesidad de llamar a nadie más.

Diestramente conducido, el automóvil del

F. B. I.,

no tardó en presentarse ante el callejón, y Crober salió de las sombras, asomando la cabeza por la ventanilla.

—No se han movido de ahí —dijo.

—Es preciso actuar con rapidez —repuso Ashley—. La muchacha puede estar en peligro.

Ladd apretó los labios y se juró exterminar a Bholer y los demás si Jenny Romara había sufrido el menor daño.

Los cuatro hombres avanzaron cautelosamente por el callejón, hasta detenerse ante la portezuela de la casa.

Ashley fué a maniobrar en la cerradura, pero Ladd murmuró a su oído:

—¡Espere, inspector!

Abrió la portezuela del coche y se instaló en el asiento, cerrando aquélla cautelosamente. Luego puso el motor en marcha, y Ashley, al comprender sus intenciones, murmuró:

—Pegaos a la pared.

Crober y Farrell obedecieron. El runruneo del motor se acentuó, rompiendo el silencio que pesaba sobre la calleja, y, como Ladd esperaba, el ventanuco situado sobre la puerta no tardó en abrirse, y la figura de Traube apareció en el hueco.

—¡Demonio! —exclamó, metiéndose de nuevo—. Alguien intenta robarnos el coche.

Se lanzó abajo, seguido de Anthony, mientras Bholer y Blay permanecían con Jenny en el sucio tabuco donde se encontraban.

Ladd aumentó el estrépito del motor, como si se dispusiese a dar marcha atrás, y esto puso alas en los pies de los forajidos.

Ashley oyó rechinar levemente la llave en la cerradura, y Traube y Anthony se lanzaron hacia el turismo.

Pero no dieron más que un paso fuera de la casa, porque manos de acero se apoderaron de ellos, arrastrándolos hacia la sombra proyectada por el muro, a la vez que Ladd apagaba el motor del coche.

Traube y Anthony fueron advertidos de que no hicieran resistencia.

—Sería peor para ustedes —dijo suavemente Ashley. Inmediatamente comprendieron que acababan de caer en las garras del

F. B. I.,

y mascullaron sendos juramentos para su interior.

Ladd llegó junto a ellos.

—Adentro —ordenó Ashley.

Ladd obedeció, y el inspector le siguió, pistola en mano. Arriba, Bholer se volvió hacia Blay.

—Le han cogido —aseguró—. Ahora le subirán. Creía sinceramente que se trataba de un ratero. Oyéronse pasos en las escaleras, y Bholer preguntó:

—¿Lo traéis, Traube?

Por toda respuesta, la puerta se abrió con violencia, y Ashley y Ladd irrumpieron en la estancia, empuñando sendas pistolas.

—¡Quietos! —rugió el inspector—. Crober —gritó—. Subid aquí.

Bholer masculló una maldición, y el rostro de Blay se tornó pálido como el de un cadáver, al reconocer a Ladd, mientras Jenny Romara lanzaba un grito de sorpresa y se hacía atrás unos pasos.

—Conque al fin no la hicieron daño, ¿eh? —masculló el inspector—. Bonita reunión. Bien, Bholer. Acabó el juego.

El gordo sonrió.

—No pueden acusarnos de nada —repuso—. Excepto...

—Excepto de profanación de tumbas e intento de asesinato —le interrumpió Ashley—. Sin embargo, es mejor para vosotros que él —señaló a Ladd— no haya muerto. Desármalos.

Ladd avanzó hacia Bholer, mientras Anthony y Traube irrumpían en la estancia empujados por Crober, Farrell y el conductor del coche de los federales.

Paul arrancó la pistola de la funda que Bholer llevaba debajo del sobaco izquierdo, y la entregó a Crober.

De pronto, Blay se lanzó hacia la puerta. Su movimiento sorprendió a todos, pero la reacción fué tan fulminante como su acto. El forajido estaba ya junto a la escalera, cuando el cuerpo de Ladd atravesó el hueco como un proyectil y se lanzó hacia él, asiéndole por la cintura.

Los dos hombres rodaron escaleras abajo, confundidos en un abrazo, del cual procuraba sacar cada uno la mayor ventaja posible sobre su rival. Ashley no perdió la serenidad.

—¡Quietos ahí! —ordenó.

Salíó de la estancia, y la luz de su linterna iluminó la lucha. Blay había conseguido caer en mejor posición que Ladd, y tenía a éste acogotado contra la pared, pero Paul sabía demasiadas tretas para librarse de él, y Ashley no tuvo ocasión de intervenir.

El terrible rodillazo del agente hizo a Blay doblarse por la cintura, al mismo tiempo que sentía un violento dolor, acompañado por el chasquido de los huesos de su brazo izquierdo, y Ashley sonrió beatíficamente al comprobar cómo había asimilado Ladd las enseñanzas de lucha.

—Súbelo, hijo —ordenó.

Cuando pasó Blay a su lado, perdidas las ganas de resistir, el inspector le obsequió con un puntapié debajo de la espalda, que aceleró el regreso de aquél a la habitación.

Anthony Bholer y Traube estaban ya convenientemente esposados, y Blay no tardó en estarlo también, a pesar de su estado.

Ashley se quedó contemplando a la muchacha.

—¿Qué hago con usted? —preguntó.

—No es peligrosa —repuso Ladd—. A pesar de que se burló de mí.

Jenny le dirigió una mirada de agradecimiento, y Ashley ordenó:

—Al coche. Tienen ustedes muchas cosas que contarnos.

Poco después se acomodaban en los dos automóviles. Ladd tomó el volante del perteneciente a los forajidos, y la muchacha se acomodó a su lado.

En el asiento posterior iban Traube y Bholer, vigilados por Crober, que no les quitaba la vista de encima. Camino de Jefatura, Ladd habló.

—¿Por qué se le ocurrió dejarme plantado?

—Entonces no sabía quién era usted —replicó Jenny—. ¿Cómo supieron dónde estábamos?

Ladd se lo explicó, y la muchacha bendijo las previsiones del inspector.

—Llegaron en el momento más oportuno —dijo—. Tuve que inventar una sarta de mentiras, pero ese Blay no las creyó.

—¿Qué iban a hacer con usted?

—Blay proponía hacerme desaparecer. Creo que los demás hubiesen acabado por pensar como él.

—Así aprenderá usted que lo mejor, cuando se tienen cierta clase de preocupaciones, es acudir a la Policía —repuso Ladd—. Supongo que estará escarmentada.

—Lo estoy —repuso ella con sencillez.

—Así me gusta.

Ladd metió una mano en un bolsillo de la americana, sacando un paquete de cigarrillos, que ofreció a Jenny.

La muchacha tomó uno y lo encendió en sus labios, trasladándolo a los del agente. Luego encendió otro para sí, y aspiró el humo con delectación.

Ladd sentía a su lado la proximidad de la muchacha. Una vez la miró de reojo, y sus ojos se encontraron, provocando en ambos una sonrisa.

—Debí de parecerle un estúpido cuando me burló con tanta facilidad —dijo Ladd.

—Eso lo pensé cuando me enteré de que era usted agente federal —repuso la muchacha—. A decir verdad, se fió usted demasiado de mí.

—No fué ésa la única vez que lo hice —repuso Ladd—. Esos tipos estuvieron a punto de terminar conmigo —le relató la forma como se había salvado, y agregó—. Le aseguro que eso me servirá de lección en lo sucesivo.

Diez minutos después estaban reunidos todos en el despacho del inspector, sin que ninguno pensase en descansar.

Los forajidos y la muchacha se acomodaron en algunas sillas

alrededor de la mesa, y los agentes se situaron tras ellos, aunque ya nada había que temer por su parte.

Ashley acodóse en la mesa, y señaló a Jenny:

—Empiece usted —dijo—. Sabemos quién es y quién era su padre. Conocemos otras muchas cosas, pero ignoramos bastantes más.

—Mi padre no fué un traidor a su patria —dijo la muchacha, con voz temblorosa—. La mitad de su sangre era norteamericana y la otra mitad italiana, pero él se sintió siempre inclinado hacia los Estados Unidos. La prueba es que cuando sospeché que iba a haber guerra nos envió aquí a mi madre y a mí.

Hizo una pausa. Miró a todos, y prosiguió:

—Mi madre murió a los dos años de comenzar la guerra, pero seguí recibiendo regularmente las cantidades que mi padre me enviaba a través de Suiza. Un día me llegó una noticia suya. Pronto íbamos a vernos, según decía. Pero le esperé en vano.

Ashley afirmó con la cabeza. Ladd bebía materialmente las palabras de la joven.

—No volví a saber de él. Al terminar la guerra me enteré de que había salido clandestinamente de Italia, y un íntimo amigo suyo me informó que había intentado atravesar la frontera Suiza con dos guías austríacos, llamados Harold Klaus y Otto Braunn. Los busqué por todas partes, y pude localizar a Braunn, herido de gravedad en un hospital aliado.

—Prosiga —dijo Ashley—. Y procure ser breve.

—Lo seré lo más posible. Braunn me confesó que Klaus y él habían asesinado a mi padre, despojándole de todo lo que llevaba encima de valor, que era mucho. Me dijo también que Klaus se había enrolado en el ejército alemán.

—¿Dónde estaba el dinero?

—Braunn no lo sabía. Estaba seguro de que Klaus le había engañado, porque cuando fueron a buscarlo al sitio donde lo dejaron, se encontraron con que había desaparecido todo. Aquél se puso furioso, y más cuando Braunn le acusó de haberse llevado el dinero del escondite. Klaus lo negó.

—Era cierto, ¿verdad?

—Sí —repuso Jenny—. Seguí la pista de Klaus hasta que la perdí, de forma que encargué de su búsqueda a una agencia de

detectives, que me informaron que se había enrolado en la Marina alemana con el nombre de Hans Frolich, alistándose en las unidades que recibían instrucción para el desembarco y sabotaje.

Algunos puntos oscuros comenzaron a aclararse. Por ejemplo: la personalidad de Klaus, que utilizó dos nombres en vida, para ser enterrado con otro distinto.

—Tuve que gastar mucho tiempo y dinero antes de enterarme de que Klaus había sido capturado al desembarcar de un submarino, y ejecutado aquí, en Montgomery, por haber dado muerte a un soldado del servicio de guardacostas.

—¿Cómo se puso en contacto con Kingsley? —preguntó Ashley.

—Empecé a pensar que tal vez alguno de los hombres que habían estado en contacto con Klaus, sabrían algo acerca de lo que había hecho éste con el dinero. Alguien me encaminó hacia Kingsley, y éste me aseguró que el otro hombre capturado con Klaus estaba ya en libertad, pero que procuraría enterarse por él de lo que me interesaba.

—¿Lo hizo?

—Lo hizo demasiado bien —repuso Jenny, con amargura—. El otro alemán, llamado Lippe, le dijo que Klaus, antes de morir, le había aconsejado que, al salir, buscara en sus zapatos. Kingsley pareció muy interesado, y me prometió buscar la tumba de Klaus y lo que me interesaba, si es que era cierto que estaba en los zapatos del muerto.

—¿Cuánto le pidió?

—Cinco mil dólares y una parte del dinero de mi padre si se encontraba. Accedí, dándole un anticipo de tres mil dólares, y hace tres días me llamó por teléfono para decirme que tenía lo que me interesaba. Me citó en el Hotel Negresco, de La Habana, para entregármelo, advirtiéndome que llevara los dos mil dólares restantes. Lo demás ya lo saben ustedes —acabó Jenny, con un suspiro.

El inspector afirmó con la cabeza, y trasladó la mirada a Bholer.

—¿Cómo entró usted en el juego? —preguntó.

—Es muy sencillo. Conocía a Kingsley porque fue mi guardián cuando estuve en la prisión —repuso el gordo—. Hace cinco o seis días fué a buscarme, ofreciéndome venderme algo que me haría rico, por dos mil dólares. Me explicó someramente de qué se

trataba, y creí que haría un buen negocio aceptando, de forma que le di los dos mil dólares y me puse de acuerdo con éstos —señaló a sus cómplices— para ir a Marylebone y abrir la tumba de ese alemán. Cuando comprendimos que Kingsley nos había engañado era demasiado tarde.

—Sin embargo, ustedes se presentaron en el Hotel Negresco. ¿Cómo sabían que Kingsley iría allí?

—Hice algunas gestiones —respondió Bholer—. Estaba furioso y quería vengarme de él, o al menos hacerle devolverme los dos mil dólares que me estafó. Una amiga mía, que lo es también de Elsa, la novia de Kingsley, nos dijo que le había oído decir a ésta que su novio estaba en La Habana, y lo demás fué fácil.

El horizonte se iba aclarando. Ashley sonrió, y dijo:

—Os habéis metido en un mal paso. ¿Quién mató al hombre que estaba en la habitación de Kingsley?

—Ninguno de nosotros hemos sido. Se lo juro —fue la respuesta de Bholer—. Estaba muerto cuando llegamos a la habitación. La registramos de arriba abajo sin encontrar lo que buscábamos.

—Kingsley ha jugado con vosotros como lo haría un gato con un ratón —se burló Ashley—. No es difícil conjeturar que desde el primer instante decidió hacer él solo el negocio. Para ello necesitaba, dinero, y os lo sacó limpiamente. Bien. Supongo que a estas horas estará camino del punto donde Klaus escondió el dinero que robó a Romara.

—¿No va a hacer nada por detenerlo? —murmuró Bholer—. Mire, inspector. Sabemos que vamos a ir a la cárcel por una temporada, pero sería un gran placer para nosotros encontrarnos allí a Kingsley.

Él irá a la silla si le atrapamos —repuso hoscamente el inspector—. O mucho me equivoco o será juzgado por asesinato en primer grado.

—¿Qué le hace suponer que fué él? —preguntó Ladd.

—Pues... No lo sé, demonio. No lo sé, pero mi olfato me lo está diciendo a gritos.

Ladd sabía que el instinto del inspector rara vez le engañaba. Sin embargo, estaba seguro de que Ashley ocultaba algo.

Los forajidos fueron sacados del despacho, y sólo Ashley, Paul y Jenny permanecieron en él.

—Bueno, inspector, ¿por qué no me lo dice ahora? —preguntó Ladd, apoyándose en la mesa.

Ashley sonrió.

—A ti no puedo engañarte —dijo, jugando con una plegadera—. El cadáver de aquel hombre ha llegado ya. Llamé al director de la prisión para que me confirmase que no era Kingsley y...

—¿Lo reconoció?

—Sí. Se trata de Walter Lippe, el otro alemán que fué capturado junto con Frolich al desembarcar.

Jenny acercóse a la mesa. Se hizo un corto silencio, y Ashley agregó:

—Para mi está todo claro como el agua. Kingsley habló con Lippe, y éste le dijo lo de los zapatos de Klaus. Aquél se enteró de dónde estaba el zapato derecho. Luego le sacó dinero a usted —dijo a Jenny— y a esos otros tipos.

—¿Por qué mató a Lippe?

—Lippe salió en libertad hace diez o doce días —repuso Ashley—. Probablemente exigió a Kingsley demasiado, y éste no encontró mejor manera de librarse de él que enviarle al otro mundo. Eso lo sabremos cuando encontremos a Kingsley..., si es que le echamos mano alguna vez.

Se hizo hacia atrás, desperezándose levemente, y se puso en pie.

—Bien, creo que es hora de irse a dormir —dijo—. Nada podemos hacer con Kingsley. Todas las salidas están vigiladas, y ya nos avisarán si lo atrapan.

Los tres abandonaron el despacho. Una vez en la calle, Ashley se despidió de los dos jóvenes, y se alejó, silbando tenuemente.

—Voy a llamar un taxi —dijo Ladd.

—Espere —repuso Jenny—. ¿Está cansado? Por mi parte prefiero ir andando.

A Ladd le agradó la idea. Lo cierto era que Jenny estaba comenzando a interesarle, y los dos avanzaron en silencio, a la luz de la luna, por las calles casi solitarias ya de la ciudad.

—¿Qué piensa hacer con el dinero, si aparece? —preguntó Paul.

Jenny alzó la vista hacia él, y al agente le pareció más seductora que nunca.

—No lo sé —repuso—. En realidad, no lo he pensado siquiera. Lo que sí puedo decirle es que estoy harta este asunto.

—¿Qué hace en Nueva Orleáns?

—Trabajo. Dirijo un almacén de ropas confeccionadas. Estoy contenta.

—Es de esperar que Kingsley aparezca. ¿No tiene idea de a cuánto asciende lo que sacó su padre de Italia?

—No —repuso Jenny—. Por otra parte, tengo noticias de que los aliados han decidido hacerme entrega del dinero que quedó allí, y que estaba bloqueado por el Gobierno italiano de la guerra.

—Entonces, ¿es usted rica?

—Casi, casi —replicó Jenny, con seriedad—, pero eso no quiere decir nada.

Volvieron a recordar la burla de que hizo objeto a Ladd en La Habana, y cuando llegaron ante el hotel donde se alojaba la muchacha, tenían la impresión de haberse conocido desde hacía muchos meses.

—Adiós —dijo Jenny, tendiéndole una mano, que Ladd tomó entre las suyas.

—¿Adiós? —preguntó él, protestando—. Habrá querido decir hasta la vista.

Ella sonrió.

—Eso fué lo que quise decir —replicó.

Ladd la vio perderse en el interior del hotel, y se alejó silbando alegremente, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Por su parte, Jenny Romara sonreía también, mientras el ascensor la elevaba hasta la cuarta planta, y seguía sonriendo cuando abrió la puerta de su habitación y penetró en ella.

Luego la sonrisa se convirtió en el tarareo de una canción, que, por pura casualidad, era la misma que Ladd silbaba alegremente, camino de su casa.

VIII



ETER Kingsley estaba más que satisfecho de sí mismo, y la cosa no era para menos.

En un mes la suerte había cambiado totalmente para él. Siempre había anhelado tener un buen automóvil y una magnífica casa, codearse con los hombres de negocios y dejar sentir su importancia en la sociedad, pero esto sólo podía proporcionarlo el dinero, y he aquí que ahora podría convertir en realidad sus anhelos insatisfechos.

La ambición había despertado la parte mala que llevaba en él, esperando adormilada la ocasión para dominarle, y cuando Jenny Remara le participó, sólo en parte, sus deseos, la perversa

inteligencia de Kingsley adivinó que allí podía haber un saneado negocio.

Hans Frolich, cuyo verdadero nombre era Harold Klaus, no le había dicho ni una sola palabra en el tiempo que estuvo en la prisión de Montgomery acerca de aquel papel de incalculable valor, que había pasado de los zapatos del muerto a su bolsillo.

Se limitó a regalarle su reloj cuando caminaba hacia el punto donde le esperaba el piquete de ejecución, pero Kingsley olfateó la verdad. Frolich no iba a llevarse el secreto a la tumba, de manera que alguien debía de saberlo, y éste no podía ser otro que su compañero Welter Lippe.

Le costó mucho trabajo sacarle la verdad a Lippe, pero al fin lo consiguió, y en cuanto tuvo en su poder el plano con las indicaciones necesarias para encontrar el dinero robado a Julio Romara, no tardó en encontrar la manera de hacerse con el dinero preciso para trasladarse al punto donde estaba.

La propia Jenny Romara contribuyó con una buena cantidad, y aquel estúpido de Bholer, que se creía más listo que ningún otro ser viviente, se dejó captar por sus palabras, completando la cantidad que necesitaba.

Sin embargo, Kingsley no sabía que el fallo de su plan era, precisamente, el haber indicado a Bholer el punto donde estaba enterrado Frolich con el nombre de George Linden, porque al ser descubierto aquél, puso al

F. B. I.,

sobre la pista del sucio negocio.

Kingsley no sabía que los federales estaban detrás de su pista, dispuestos a evitar que abandonase el país. Ashley conocía bien su oficio, y una fotografía de Kingsley, sacada del fichero de la prisión, obraba ya en poder de todas las divisiones del

F. B. I.,

en cuyas jurisdicciones existían puertos de mar o aeródromos.

Pero él lo ignoraba, y esperaba tranquilamente en el amplio bar del aeropuerto de Idlevid, en Washington, el momento en que el enorme aparato, «D. C. 3» de la Swisair le indujese a Europa.

Era cuestión de minutos, el «D. C. 3» extendía sus alas ante él, al otro lado de la cristalera, sobre la pista de cemento de la cual había de despegar. Los motores runruneaban suavemente aún, como

preparándose para el largo viaje, y Kingsley le miraba sonriente, mientras liquidaba el *gin* que había pedido en el bar.

A su lado, Elsa estaba mucho más nerviosa que él, no sólo porque sabía que acababa de aliarse con un fugitivo de la Justicia, sino también ante la perspectiva del viaje.

Ni siquiera se preguntó por qué Kingsley se había acordado de ella, ahora que iba a ser rico, y no se le ocurrió pensar que era más fácil para un hombre huir sin despertar sospechas yendo acompañado por una mujer.

—¿Cuándo nos marchamos? —preguntó, impaciente.

Kingsley miró su reloj.

—Faltan sólo unos minutos —repuso.

Se bajó de la alta banqueta del bar. Era un individuo de regular estatura y muy corpulento. Los ojos, algo saltones, daban la impresión de no poder permanecer quietos en las órbitas, y le proporcionaban el aspecto de estar en continuo sobresalto, lo cual era incierto, porque Peter Kingsley era tan frío como un témpano de hielo.

La suave musiquilla que emitía el altavoz se acalló para dejar paso a una cristalina voz de mujer:

—Atención. Se ruega a los señores pasajeros para el avión de Suiza, se personen en la Aduana... Atención...

—Vamos —dijo Kingsley.

Elsa suspiró aliviada. Tenía miedo, pero la perspectiva de disfrutar de una holgada posición para el resto de sus días contrarrestaba sus temores, y cogió el maletín de mano, avanzando hacia la salida del bar, siguiendo a Kingsley.

Los pasajeros del «D. C. 3» formaban ya cola ante la Aduana.

Eran unos cuarenta en total, y Kingsley y Elsa ocupaban aproximadamente la mitad de la fila.

Los maletines de mano se dejaban encima de un mostrador, donde, una vez abiertos, eran someramente registrados por un empleado de Aduanas, mientras otro echaba un vistazo a los pasaportes de los pasajeros del avión.

Cuando le llegó el turno a Kingsley, puso el maletín sobre el mostrador, y, tras abrirlo, presentó sus documentos, que el empleado examinó sin particular atención.

—¿Peter Kingsley? —preguntó.

—El mismo —repuso aquél, con una sonrisa.

No se percató de que el empleado apretaba con el pie un botón que había debajo del mostrador. Aquél tendió su documentación a Kingsley, y pidió:

—¿El pasaporte de la señora?

La «señora» era Elsa, que sonrió al sentirse llamar así. El empleado le echó un vistazo al documento, y lanzó una mirada hacia atrás con el rabillo del ojo, comprobando que dos hombres jóvenes y vigorosos avanzaban hacia él.

—Todo en regla —dijo—. Pueden pasar.

Kingsley y Elsa atravesaron el estrecho paso. El empleado se hizo a un lado, y el corazón de Kingsley comenzó a latir triunfalmente en su pecho, porque cada segundo que pasaba le acercaba más y más a su meta y, al parecer, acababa de salvar el último obstáculo.

Ni Elsa ni él captaron la leve señal del aduanero a los otros dos hombres. Éstos cambiaron de dirección y se acercaron a la pareja.

—Por favor —dijo uno de ellos—. Síganlos.

Peter sufrió un brusco sobresalto. Su ancho rostro se frunció a impulsos de la extrañeza y preguntó:

—¿Nosotros? ¿Adónde?

—A la oficina. ¿No es usted Peter Kingsley?

—El mismo.

—Entonces es el que buscamos. Vamos. Vengan con nosotros.

De pronto, el tono del hombre se tornó duro, a la vez que los miraba con severidad, y Elsa, más acostumbrada que su prometido a tratar con la Policía, comprendió que en aquel momento acababan de derrumbarse sus ilusiones de ser rica alguna vez.

—¿Son ustedes policías? —Preguntó Kingsley, al fin.

Más que reconocerlos, era su corazón culpable quien le decía que al fin había llegado, cuando menos lo esperaba, aunque estaba tan seguro de haber atado bien todos los cabos, que no tenía ni la menor sospecha de que la Ley estuviese sobre sus pasos.

—Del

F. B. I.

—repuso su interlocutor—. Vamos. Síganlos.

Kingsley recibió un mazazo en plena cabeza. Conocía a los hombres del

F. B. I.,

y no ignoraba que era muy difícil, escapar de sus manos y de las pruebas que solían acumular antes de dar un paso como aquél.

Y el cadáver de Walter Lippe estaba pendiente sobre su conciencia, señalándole la sombra de la horca.

Insensiblemente se mordió el labio inferior, mientras seguía a los federales, sin acertar a encontrar la manera de salir de aquel enredo.

A mitad del camino se detuvo, y estalló:

—Pero ¡esto es absurdo! ¡Voy a perder el avión y...!

—No necesitará tomar ese avión ni ningún otro. ¡Vamos, siga! —
Fué la ruda contestación.

—No me moveré de aquí hasta que sepa por qué me detienen —
masculló, presa de un acceso de ira.

Uno de los federales le miró agresivamente. Luego se volvió hacia su compañero, que estaba alerta a los movimientos de Kingsley desde que éste inició su resistencia.

—Explícaselo tú, Potter —dijo.

—Violación de tumbas e intento de estafa, además de dos estafas consumadas, y posiblemente un asesinato. ¿Quiere más? —preguntó Potter.

¡Todo estaba descubierto! Kingsley miró disimuladamente a su alrededor mientras Elsa, pálida como la cera, tragaba saliva.

En aquel momento, una carretilla mecánica, conducida por un hombre de pie en su parte anterior, cruzó ante ellos, cargada de equipajes, ofreciendo a Kingsley la esperada oportunidad.

Su movimiento fué tan imprevisto, que sorprendió a Potter y a Dunning, a pesar de que los dos estaban ojo avizor.

Kingsley arrojó el maletín contra el rostro del primero, y saltó por delante de la carretilla, que, en el segundo siguiente, mientras Potter lanzaba un grito de dolor, se interpuso entre el fugitivo y los agentes.

El conductor de la carretilla gritó algo, que se confundió con una exclamación de Elsa; pero no era ella quien les interesaba, sino Kingsley, y los dos federales reaccionaron con la mayor rapidez, lanzándose en pos del fugitivo.

Kingsley se abalanzó hacia la salida del aeródromo, donde rugían ya los motores del «D. C. 3».

Iba como loco, corriendo desesperadamente, sin saber a ciencia cierta qué dirección tomar, y penetró en la pista de cemento, por la cual comenzaba a deslizarse el aparato en aquel momento.

Un grito de aviso surgió a sus espaldas. Miró hacia atrás y vio a Potter saltar limpiamente la valla de madera que separaba la pista de cemento de las dependencias del aeródromo, mientras Dunning se disponía a hacer lo mismo.

Tal vez pudiese aún escapar. La tierra era firme bajo sus pies y...

Un grito se elevó a sus espaldas. Kingsley volvió de nuevo la cabeza hacia adelante, y se detuvo en seco, a la vez que una exclamación de terror surgía de sus labios.

El avión estaba encima, ganando velocidad por momentos. Kingsley llevóse ambas manos al rostro para no ver la cara a la muerte, que sonreía siniestramente a su lado, y la mole del «D. C. 3» chocó contra su cuerpo, a pesar de los esfuerzos del piloto por evitarlo.

Una de las enormes ruedas le pasó por encima, y Kingsley se contrajo espasmódicamente, a la vez que lanzaba un gemido de dolor, que fué coreado por histéricos chillidos y gritos de terror de los espectadores.

El avión siguió su marcha, deteniéndose poco más allá, mientras Potter, Dunning y algunas personas más llegaban a la carrera junto a Kingsley.

Potter se arrodilló a su lado. Al levantarle la cabeza, comprobó el enorme destrozo causado por el aparato en el cuerpo del fugitivo, y se asombró al verle abrir los ojos.

—Ya na... —comenzó a decir.

La muerte fué en su busca, impidiéndole pronunciar más palabras. Potter se puso en pie y le miró respetuosamente, pensando en los inescrutables designios del Destino, que mataba a Kingsley con el mismo medio que él pensaba que iba a ser su salvación.

Dunning, mientras tanto, no había perdido el tiempo, y poco después la ambulancia del aeródromo se llevaba el cuerpo de Kingsley, sobre cuyo cadáver fué depositado el maletín que aquél arrojara al rostro de Potter.

Ashley se retrepó en el sillón.

—Esto es todo —dijo a Jenny Romara—. El avión aplastó a Kingsley, pero he podido reconstruir la historia gracias a Elsa

Torgan. El fué quien mató a Walter Lippe.

—¿Por qué tuvo que hacerlo?

—Era lo que suponíamos. Lippe le pidió su parte en el negocio, pero la codicia de Kingsley estaba desatada ya. Envio a Lippe a La Habana, encargándole que se entrevistase con usted. Lippe debía esperarlo en el Hotel Negresco, donde Kingsley había comprometido una habitación a su propio nombre.

—¿Por qué hizo eso?

—Para que Lippe se confiase. Era tanto como decirle: «Para que no desconfíes de mí, sigue tú mismo las gestiones que he iniciado yo». Debía de ser la única forma de vencer los celos del alemán.

Ladd afirmó con la cabeza.

—Kingsley le siguió a La Habana, y en cuanto Lippe entró en la habitación, le mató, dejando el cadáver sobre la cama. Luego llegaron Bholer y sus hombres; después, tú —el Inspector señaló a Ladd—, y, por último, usted —dijo a Jenny.

—Ese Kingsley era listo —repuso Doyle—. Lió las cosas de tal manera que sólo por una verdadera casualidad...

Ashley no le dejó seguir:

—¡Protesto! —exclamó, dando un puñetazo sobre la mesa—. La casualidad sólo ayuda a los que saben ponerla de su lado. Nosotros aprovechamos todas las ocasiones que se nos brindaron para aclarar el caso. El primer error partió de Kingsley. Si se hubiese conformado con el dinero de la señorita Romana, todo le habría salido bien; pero metió a Bholer en el lío, y al ser descubierto éste excavando en la tumba de Klaus...

—Tiene usted razón, inspector —exclamó Ladd—. Eso fué lo que nos hizo intervenir.

Jenny estaba como sobre ascuas, deseando preguntar algo. Al fin, encontró el momento oportuno.

—¿Llevaba Kingsley... el plano?

Ashley afirmó con la cabeza.

—¡Sí! —dijo—; pero, desgraciadamente para usted, no le servirá de nada. Lo tenía dentro de un sobre, junto con el pasaporte y otros documentos, pero la rueda del aparato pasó justamente por encima de ellos.

Se detuvo un instante y sonrió para sus adentros al observar la expresión de curiosa expectación que se reflejaba en los rostros de

sus oyentes.

—Todo quedó aplastado, hecho una masa entre la carne y la sangre. Será imposible tratar de descifrar ese papel, aunque lo estamos intentando. Sucedió un corto silencio. Jenny suspiró, aliviada. —No me importa— repuso. —A decir verdad, estaba temiendo que eso me obligase a hacer un viaje a Europa.

—Suiza y Austria están muy hermosas en la primavera —sonrió Ashley.

Jenny fué a decir algo, pero en aquel momento sonó el teléfono. El inspector tomó el auricular.

—¡Diga! Sí, soy Ahsley... ¡Hola, Wallace!... Bien. Gracias.

Colgó el aparato, y se encaró con Jenny.

—Lo que le dije. No espere nada de ese papel. En el laboratorio no han podido descifrar una sola línea. Lo siento.

Jenny se encogió de hombros.

—Ya le dije que no me importaba —se puso en pie, y el inspector la imitó—. Bien —agregó la muchacha—. Supongo que todo ha terminado.

—Puede ser que la necesitemos aún para declarar cuando se juzgue a Bholer y a los otros tipos —replicó el inspector—. Hasta entonces, puede hacer lo que guste, pero déjenos su dirección.

—Paul la sabe ya —replicó Jenny, con una sonrisa.

Ahsley trasladó lo ojos al agente.

—Vaya. Parece ser que hemos andado más listos que en La Habana, ¿eh?

Paul fué a replicar algo a aquella ironía de su superior, pero Jenny intervino.

—¿Puedo marcharme?

—Sí, claro. Y otra vez, ya lo sabe, cuénteles a la Policía lo que le suceda. Le aseguro que es el mejor camino. ¡Adiós, señorita! —agregó, tendiéndole la mano—. Ha sido un gran placer conocerla, aunque me figuro que otros han tenido más placer que yo. Acompáñela, Ladd.

Éste salió detrás de Jenny. Al llegar a la puerta, miró al inspector, y la vio sonreír, a la vez que le guiñaba un ojo. Ladd cerró la puerta, a sus espaldas y Ahsley se dirigió a Doyle:

—No la dejaré volver a Nueva Orleans, si no me equivoco. Sería un necio si la perdiese, y creo que Ladd no es tan tonto como

parece.

Doyle sonrió, y fué a responder algo, pero Ahsley le miró severamente.

—¿Qué demonios hace ahí parado? —le preguntó—. ¿Es que no tiene nada que hacer?

Doyle lanzó un resoplido y salió del despacho con la rapidez del huracán. En cuanto cerró la puerta, Ahsley rió de buena gana, suavemente. Movi6 la cabeza, volvió a sonreír y se enfrascó en la lectura de unos papeles.

FIN

COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

F. B. I.

Única serie que revela emotivamente las aventuras de los Agentes Especiales contra gangsters y espías.

Publicación semanal — 6 Ptas.

WINCHESTER

Audacia, intriga y dinamismo se condensan en estas obras que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gunmen.

Publicación semanal — 6 Ptas.

EXTRA-OESTE

Colección de intigualables novelas sobre las escalofriantes proezas acaecidas en el Far-West, con fuertes pasiones.

Publicación semanal — 6 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana ejecuta portentosas acciones en el Lejano Oeste. En dibujos de calidad inimitable.

Publicación quincenal - 1,50 Ptas.

SELECCIONES DEL F. B. I.

Las mejores novelas escritas sobre el F. B. I., en formato alargado y magnífica presentación, para su biblioteca.

Publicación semanal — 10 Ptas.

MUSTANG

Selección de temas novelados, relatando las hazañas de los west-men. Bolsilibro prolongado con moderna presentación.

Publicación semanal — 8 Ptas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infinitos, con maravillosos dibujos, ofreciendo las arriesgadas misiones de tres agentes del F. B. I.

Publicación quincenal - 1,50 Ptas.

ROCK VANGUARD

Es el héroe capaz de enfrentarse a los seres que habitan otros astros, en escenas de gran emoción y fantasía. Dibujos a todo color.

Publicación quincenal — 5 Ptas.

F. B. I. ¡LA COLECCIÓN SIN RIVAL!

6 PESETAS

